VICTORIA HOLLIS



SECRETOS y CONFIDENCIAS

SERIE ROCKSTARS LIBRO 32

Secretos y confidencias

Serie Rockstars, libro 32

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

Keith estaba con Liam en el salón de su apartamento, esperando a que llegara Walter, que iba a acompañarlos a visitar a los Dragon Riders.

Según tenía entendido Keith, los cuatro integrantes del otro grupo compartían una vivienda en el barrio de Chelsea, al sur de Manhattan. Esto no estaba demasiado lejos del Upper East Side. Pero no obstante, en Nueva York los conceptos de cerca y lejos eran relativos, porque todas las distancias eran enormes, comparadas con las de otras ciudades. Entre eso y el tráfico, siempre era mejor ir en coche a los sitios. Y ya que Walter se había ofrecido para venir a recogerlos… ¿Por qué iban a hacerle el feo de irse ellos en un coche y él en otro?

—Tú también te diste cuenta, ¿verdad? —dijo Liam de pronto.

Continuaba recostado en el sillón de mimbre, pero ahora tenía mucho mejor aspecto. Se le veía relajado y cómodo. El color había vuelto a sus mejillas, y sus ojos castaños brillaban. Keith nunca se cansaría de mirarle.

—¿A qué te refieres? —preguntó, inclinándose un poco hacia delante en su asiento para tomar un sorbo de agua.

Estaba instalado en el sofá, muy cerca de su compañero, para poder mirarle frente a frente.

—Cuando hablé con Jordan antes —comenzó el bajista—, me dijo que había visto en la prensa que fuimos al cine anoche. Estuvo pesadísimo con eso. Parecía como si para él no hubiera cosa más importante en el mundo que nuestro «pretendido romance». —Hizo el signo de las comillas con dos dedos en el aire—. Y sobre el secuestro, solo me dijo que se había enterado por Glen.

—Sí —asintió Keith.

Recordaba todas esas cosas, pero aún no sabía a dónde quería ir a parar su compañero. Liam alzó un dedo en el aire para puntualizar:

—Sin embargo, Walter nos ha dicho que el tema del secuestro está en todos los periódicos, y en todas las revistas.

—Y Jordan no dijo nada de eso —concluyó Keith, que empezaba a entender. Sonrió con ironía al exclamar—: ¡Muy propio de él, esto de ir dando la información que le conviene, a quien le conviene!

—Pero yo voy más allá, Keith —dijo Liam, incorporándose también en el sillón para apoyar los codos en las rodillas. Interesado, añadió—: Ahora que sé todo esto, recordando la conversación con Jordan, tengo una extraña sensación.

—¿Sí? —se sorprendió Keith, frunciendo un poco el ceño.

Liam asintió.

—Sí. Habló casi todo el tiempo de nosotros dos. Se burló, e incluso me hizo enfadar. Y ahora, pensando en ello, todo eso me suena a intento de distracción.

—¿Qué quieres decir?

—Jordan no quería hablar del secuestro. Quería hablar de ti y de mí.

—Ya sabes cómo es… —respondió Keith, haciendo una mueca—. Se burla de todo el mundo. Al pobre Reggie, sin ir más lejos, lo tiene acribillado. Si se entera de algo jugoso sobre nosotros, Jordan no va a desaprovechar la ocasión de usarlo para hacer pupa.

Liam volvió a asentir con decisión.

—Es cierto —convino—. Pero aquí había algo más, te lo digo. Secuestran al cantante de los Dragon Riders… El grupo que va a ser nuestro telonero mañana… ¿Y Jordan no quiere hablar de eso?

Keith asintió a su vez, despacio.

—Es raro, sí —concedió, pensativo.

—Más raro todavía cuando ha habido rumores de que él tuvo algo con William, y no hace muchos días…

—Pero tanto William como Jordan los desmintieron después…

—Vi las fotos, Keith. Ahí hubo un beso. Que fuera un montaje para conseguir una exclusiva o no… Eso ya no lo sé. Pero beso hubo. ¡Caramba! ¡Si tú mismo llevas un mes diciendo que Jordan está obsesionado con él!

Keith hizo un ruidito de asentimiento. Reflexionó durante unos momentos, dándose golpecitos con un índice en la barbilla, antes de preguntar:

—¿A dónde quieres ir a parar, Liam?

—Sospecho que cuando hablé con él, Jordan quería desviar mi atención, y enfadarme, para que pasara por alto lo importante.

—El secuestro.

—M-m. Y su posible implicación en él.

Keith hizo un gesto con la mano.

—Pero si dice que anoche estuvo en el Averno, y que unos desconocidos intentaron

entrar… —objetó.

—Sí. —Liam asintió de nuevo—. Y todo eso puede ser verdad. También puede ocurrir que anoche estuviera en su casa, porque haya pagado a unos profesionales para que le hagan el trabajo sucio. —Le miró de través—. No fue Jordan quien saboteó el altavoz de Troy en la sala Gold, te lo recuerdo. Le encargó a Matt que lo hiciera, ¿no es cierto? Y le ofreció mucho dinero. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora igual?

Keith entornó los ojos y asintió despacio, una vez más. Esto que decía Liam no era ningún disparate. Jordan era muy capaz de recurrir a otra gente para conservar las manos limpias.

Además, esta teoría concordaba con cosas que Keith había observado en Jordan durante el último mes, y Liam también, aunque en fecha más reciente. Cosas que les habían dado a pensar a los dos que Grant podría estar obsesionado con William, como en su día lo estuvo con Charlie Orson.

—Si eso fuera así… —comenzó—. Si William estuviera en manos de profesionales… Nuestros amigos no estarían implicados en esto. Nadie de nuestro círculo lo estaría, salvo Jordan.

—¡Exacto!

Keith sacudió un poco la cabeza.

—Por una parte, me alegraría por Paul y Reggie, pero por otra… Espero que Jordan sí cumpla lo pactado con el secuestrador, y que le pague. Que no se comporte como hizo con Matt. Porque si no, el pobre William…

—Verdad, Keith. Yo también lo espero —respondió Liam, alargando una mano para ponerla en la suya.

***

Apenas hubo puesto Liam su mano sobre la de Keith, este la cobijó entre las dos suyas, cálidas y tiernas, sin dejar de mirarle a los ojos.

De repente, pareció absorto contemplándole. Sus ojos azules miraban los suyos como si en todo el mundo no hubiera nada más. Sus delicados y sonrosados labios esbozaron una sonrisita. Sus manos envolvieron la suya, formando un cálido caparazón, y uno de sus dedos le acarició el dorso con cuidado.

—Me gusta mucho la mirada que tienes ahora —le murmuró—. Tan seria y madura… Te hace más hombre, ¿lo sabías?

Liam sintió que se volvía a sonrojar, en lo que a él le pareció la enésima vez en lo que llevaban de mañana, y soltó una risita sorprendida.

—¡Pff! ¡Maduro! No lo soy en absoluto, Keith. Ya deberías saberlo —bromeó.

—Eso es lo que tú crees.

Keith le acarició ahora el dorso de la mano con las puntas de los dedos. Liam notó, no por primera vez, que estaban ásperas, curtidas, como si tuvieran callos. Se dio cuenta de que era la mano izquierda, y se preguntó si sería por las cuerdas de la guitarra. Seguramente sí.

—Soy tan feliz por lo que pasó anoche entre nosotros… —continuó Keith—. Sé que con la mañana que llevamos, no lo parece. Pero no dejo de darle gracias a Dios por poder llamarte ahora mi novio.

Liam sintió un escalofrío de ilusión y aún más calor en la cara. Debía tenerla ya de color grana, pero le dio igual. Sonrió de oreja a oreja, y contestó:

—Yo siento lo mismo.

Y también sentía algo más. Se sentía feliz y agradecido de que Keith se lo hubiera dicho. En verdad, con la mañana tan intensa que llevaban, habían estado a punto de olvidarse de ellos mismos y de su relación. Pero Keith se lo había recordado, y para Liam el mundo había vuelto a llenarse de luz.

«Somos compañeros y amigos desde hace años, así que pasar la mañana juntos no tiene nada de especial», pensó. «Es fácil dejarse llevar por la costumbre, y por las noticias terribles que hemos oído, y olvidar que aunque hoy todo parezca lo mismo, en realidad no lo es. Todo es muy diferente. Estamos descubriendo un mundo nuevo. Porque nosotros y nuestra relación somos diferentes, a como fuimos hasta ayer por la tarde».

—¿Te has dado cuenta? —cuchicheó Keith de pronto.

—¿De qué? —preguntó Liam, intrigado.

—Ir a apoyar a los Dragon Riders va a ser la primera cosa importante que vamos a hacer como pareja.

Liam sintió que su sonrisa se esfumaba de su cara, y abrió grandes ojos de asombro. Lo primero que se le ocurrió fue decir:

—¡Ah! ¡Es verdad! —Miró a Keith a los ojos—. ¿Estás nervioso por eso?

—No, pero estaba pensando… ¿Deberíamos decírselo?

—¿Lo nuestro?

—M-m.

—¿A los Dragon Riders?

—Sí.

Liam resopló, con una pequeña mueca, y se tomó un segundo para pensar.

—No sé… —respondió despacio, reflexionando en voz alta—. No somos tan amigos suyos como para llegar a su casa y decir… Apenas somos conocidos, vaya.

—Es verdad.

—Además, no es una visita normal. Vamos a verles por el asunto de William. Seguro que eso es lo más importante para ellos.

—Sí.

—Yo creo que con que lo sepamos nosotros y Walter es suficiente, Keith.

Su compañero asintió.

—Me parece prudente. —Esbozó una sonrisita traviesa—. Pero en algún momento se nos va a notar que somos pareja…

Liam sacudió un poco la cabeza.

—Si nosotros nos lo tomamos con naturalidad, como si fuéramos novios desde siempre, ellos también lo harán —contestó.

La sonrisa de Keith se hizo más amplia.

—Es buena idea.

—Pero eso sí, Keith —continuó Liam, muy serio—. No permitamos que se nos olvide. Aunque estemos con ellos, o esta tarde, en el estadio… Esto. —Apretó la mano de Keith en la suya—. Esto es lo más bonito y lo más importante que me ha pasado en la vida. No quiero volver a tratarte como a un amigo sin darme cuenta. No quiero olvidar que ahora somos mucho más.

La sonrisa de Keith se hizo deslumbrante. Se acercó un poco más a él, murmurando:

—No te preocupes. Pienso abrazarte, y besarte, y cogerte de la mano… No voy a dejarte que lo olvides.

Liam alzó una ceja, escéptico.

—¿Seguro? Eres capaz de ponerte a hablar de música con Troy durante horas y horas, y de hacerme a un lado, como si fuera un trasto viejo.

Keith se rió.

—¡Pero qué cosas tienes! —exclamó—. ¡Jamás podría hacerte a un lado!

—Mira que te conozco… Que la música te puede…

Keith sonrió y se acercó aún más. Frotó su nariz contra la suya, juguetón, y ronroneó:

—¿Acaso a ti no?

Liam sintió un nuevo escalofrío por la espalda, esta vez de placer. Adoraba sentir a Keith tan cerca, y notar su respiración en la nariz, y su aroma a limpio, y su voz… No obstante, decidió continuar con la broma, más que nada para no convertirse en un charquito de emocionado bajista sobre el sillón, y contestó, con un mohín:

—Yo no voy a ponerme a hablar de guitarras con Troy, eso te lo aseguro.

—Ni yo tampoco. Además, ¿crees que él tendrá ánimo para eso?

Como si acabara de caer en la cuenta de algo, Keith se apartó un poco para mirarle a los ojos, pensativo, y preguntó, ya serio:

—¿Te lo has planteado alguna vez, Liam?

—¿El qué? —dijo el bajista, confuso.

—La posibilidad de que Troy y William sean pareja.

—No tengo ni idea de si lo son o no, la verdad. ¿Por qué lo dices?

—No sé. Como están siempre juntos…En la fiesta de Jordan no se separaron ni por un momento.

—Little B y Dan Nobody tampoco. ¡Esos dos sí que están siempre juntos! Y te aseguro que no son pareja.

—Ya. Little B es hetero.

—¿Y Troy no lo es?

—No lo sé.

—No te digo nada de William. Porque si pudo besar a Jordan para una foto, seguro que es gay. Aunque solo sea un poquito.

Keith se rió.

—¡No se puede ser «un poquito gay»! —exclamó.

—Bueno, tú me entiendes.

—Ya…

Keith volvió a quedarse abstraído, mirándole con expresión ausente, serio y casi triste ahora. Liam inclinó la cabeza a un lado para mirarle con curiosidad, intrigado. Aguardó durante

unos instantes, pero al ver que su compañero no decía nada más, y que continuaba como sumido en sus pensamientos, preguntó:

—¿Por qué es eso importante para ti?

Keith parpadeó, y su mirada se centró. Era intensa y grave, preocupada y casi solemne. Sus ojos azules se clavaron en los suyos cuando murmuró:

—¿Y si lo fueran? ¿Qué debe estar sintiendo Troy, con su novio en poder de unos malvados? No puedo ni imaginarlo, Liam…

Despacio, alargó una mano para acariciarle la cara y el pelo, aún con esa extraña mirada en sus ojos, nada propia del risueño y pasional Keith.

—Eres un sueño, amor —le murmuró—. Un sueño hecho realidad. No voy a perderte.

Se inclinó sobre él y le besó, despacito y dulce. Liam ronroneó de placer en su boca al sentir la caricia. Pero notaba a Keith demasiado serio, y se sintió casi en la obligación de trivializar un poco, con alguna bromita inocente. De modo que se apartó unos centímetros para cuchichear:

—¿Eso significa que, si intentan secuestrarme, le dirías al bandido de turno que te lleve a ti también?

—No —contestó Keith.

Continuó mirándole igual de serio e intenso. Su mano se metió bajo el cabello de Liam para sujetarle la cabeza y rascarle la nuca con las puntas de los dedos, mientras explicaba:

—Eso significa que, si alguien intentara secuestrarte, le arrancaría la cabeza. A mordiscos, si hace falta.

Hizo una pequeña mueca feroz, arrugando el labio superior. Y otra vez tuvo Liam la sensación de tener ante sí a un león, con el cabello rubio erizado, y una expresión posesiva y salvaje en los ojos. Eso sí, supo que ninguna de las dos cosas iban dirigidas hacia él, sino hacia el hipotético desaprensivo que intentara separarles.

A Liam no le quedó más remedio que ponerse serio también, y murmuró:

—¿Crees que Troy no lo intentó? Si iba con William cuando se lo llevaron, que no lo sé… ¿Crees que no peleó para tratar de impedirlo?

Keith chasqueó la lengua y solo dijo:

—Me alegro de que Walter venga a recogernos.

Y atrajo la cabeza de Liam hacia sí para sumergirse en su boca.

El bajista se dejó besar, un poco sorprendido. La caricia de Keith era ávida y apasionada ahora, nada que ver con la de hacía un momento. Mordió los labios de Liam, primero uno, luego

el otro, y luego los dos, con verdadera ansia…

Pero le duró poco. En seguida empezó a relajarse, y volvió a ser dulce y a besarle con delicadeza, mientras su mano le acariciaba la cara y el cuello.

Liam le besó a su vez, con ternura, tratando de calmarlo y de decirle sin palabras que estaba aquí, y que nadie iba a separarles. Este tema parecía ser importante para Keith, a juzgar por su mirada feroz y por el beso de antes, y Liam no entendía muy bien el motivo. A pesar de su fama, ninguno de los Red Devils había estado nunca en el punto de mira de ningún loco, y nunca habían intentado secuestrarles, ni siquiera a Jordan.

«Debe ser lo de William, que le ha hecho sentir inseguro», se dijo. «O tal vez… O tal vez haya algo más. Keith lleva años enamorado de mí, y me ha tenido fuera de su alcance hasta ahora, porque había otra persona. Supongo que eso deja una huella difícil de borrar. Va a necesitar tiempo… Mucho tiempo, para llegar a olvidar eso del todo».

Capítulo 2

Keith sintió que se derretía. Liam estaba acariciándole la cara con cuidado, haciendo ruiditos de placer en su boca. No por primera vez, se preguntó cómo podía ser su compañero tan masculino y tan delicado a la vez. Liam era único. Keith nunca había conocido a un hombre como él.

El guitarrista se apartó, interrumpiendo así el beso, pero no fue por su gusto, sino por pura necesidad. Empezaba a faltarle el aire. Apoyó la frente en la de Liam, con los ojos cerrados, y murmuró:

—Te quiero.

Su voz le sonó ronca en sus propios oídos. Y es que solo con pensar en lo que debía estar sintiendo Troy… En que alguien intentara separarlo a él de su luna… Sentía que la congoja volvía a invadirle el corazón, y el llanto amenazaba con instalarse de nuevo en su garganta.

—Yo a ti también, Keith —contestó Liam con voz suave.

Sus dedos continuaron acariciándole la cara, como si quisiera calmarlo y darle seguridad.

«Se ha dado cuenta de lo que estoy sintiendo», pensó Keith. «De que tengo miedo de perderle. ¿Cómo lo hará, para darme siempre lo que necesito?».

Como si le hubiera leído la mente, Liam continuó:

—Ya no vamos a volver a separarnos, ¿me oyes, amor? Desde hoy en adelante, estaremos juntos… Para siempre.

—Para siempre —vocalizó Keith, como un eco.

No se fiaba de su voz. Esa traidora era capaz de romperse en un sollozo de un momento a otro. Lo mejor que podía hacer era no decir nada, respirar hondo y tratar de calmarse.

Apretó los párpados para retener las lágrimas. Sujetó la cabeza de Liam entre sus dos manos, y se movió para dejarle un besito fugaz en los labios, a tientas.

Quería creerle. Nada ni nadie iba a separarle de Liam, nunca más. Estaban al principio de una vida nueva. Esto tan bonito que empezó anoche entre ellos duraría para siempre.

Su vejiga escogió aquel preciso momento para recordarle que había bebido demasiada agua. Y Walter debía estar a punto de llegar. Tenía que ir a solucionar ese asunto. No le gustaría hacer esperar a sus dos acompañantes por haberse demorado aquí, haciéndose arrumacos con Liam. Keith se sentiría como un crío de quince años si eso ocurriera.

Se apartó de su amor, no sin esfuerzo. Carraspeó para aclararse la voz y se puso en pie. Le alegró comprobar que ya no tenía la vista nublada de lágrimas, y que el nudo de su garganta se

había hecho más llevadero.

—Perdona, mi vida —murmuró—. Tengo que ir al baño, antes de que llegue Walter.

—Claro. Sin problemas —respondió Liam.

Keith pasó deprisa por el hueco que quedaba entre sus piernas y la mesita baja, restregándose los ojos con una mano. Ya iba a echar a correr hacia el servicio, cuando escuchó a Liam decir:

—Pero… Keith.

Su mano atrapó una de sus muñecas en el último segundo. Antes de poder darse cuenta de lo que hacía, Keith ya se había vuelto para mirarle. Sus ojos se encontraron con la seria mirada de Liam.

—¿Estás bien? —le preguntó este, en tono confidencial.

Le observó desde abajo de modo penetrante, como si quisiera leer en el fondo de su alma. Había preocupación en sus ojos castaños, algo que Keith no quería ver por nada en el mundo, y mucho menos dirigido hacia él. De modo que se apresuró por sonreír y contestar:

—¡Sí! Estoy feliz, ¿no te lo he dicho?

Liam no pareció convencido en absoluto; continuó mirándole sin variar su expresión. Keith se dijo que a lo mejor había hablado con demasiado entusiasmo, y que su respuesta se había sentido forzada. Pero le dio lo mismo. No era capaz de hacer o decir nada mejor. Por otra parte, la necesidad de ir al baño se había hecho más apremiante después de ponerse de pie. Y Walter estaba a punto de llegar, no era el momento de ponerse a hablar y a debatir…

«Lo único que necesito es un instante a solas para reponerme», pensó. «Y no preocupar a Liam, por favor. Llevo toda la mañana como una montaña rusa, y el pobre debe estar agotado».

Una leve arruguita de inquietud apareció en el entrecejo de Liam. Abrió la boca para hablar, pero Keith no le dio tiempo. Se inclinó deprisa sobre él para dejar un apresurado besito en sus labios, y murmuró:

—Ahora vuelvo, amor.

Luego se marchó definitivamente.

***

Liam vio salir a Keith a toda prisa hacia el pasillo, casi al trote. Vencido, dejó caer los hombros y suspiró.

«No está bien», pensó. «Necesita tiempo. Y no puedo hacer que pasen diez años en tan solo un segundo para ayudarle a sanar esa herida».

Se quedó mirando las fotos que había en el mueble, las que estuvo estudiando esta mañana, mientras tomaba su café. Le dolía el corazón ver a Keith sufrir así. Si hubiera algún medio de volver atrás en el tiempo siete años, y empezar de nuevo… Si pudiera volver al día aquel en que Walter les hizo la foto en camerinos, cuando Keith le ofreció la mejilla para pedirle un beso… No fue el día en que se produjo la herida, esto había ocurrido años antes, pero sí fue el momento en que Keith se rompió.

«Si pudiera, te daría ese beso, mi sol», se dijo Liam, acongojado. «Cogería tu cara entre las manos, y te daría miles de besos. Así nunca te habrías roto. Y hoy no tendrías miedo de perderme… Pero no puedo. Y me siento tan estúpido…».

Fue tonto aquel día, por no querer ver lo evidente, y lo había sido durante todos estos años. Pero ahora no se podía hacer nada, solo… Esto, lo que estaba haciendo: pasar más tiempo con Keith, apoyarle, sostenerle, y demostrarle una y mil veces que le quería. Que nunca iban a volver a separarse.

Liam desvió la mirada de nuevo hacia el pasillo, preocupado. Estaba oscuro, y la puerta del baño estaba cerrada.

—¿Será suficiente con eso? —se preguntó, en voz baja—. ¿Podré curarte, Keith?

Esperaba que sí…

***

Keith se metió deprisa en el baño. Cerró la puerta y luego apoyó la espalda en ella, con un suspiro.

Hoy estaba demasiado sensible. Sus emociones asumían el control del barco con toda facilidad, y eso le hacía sentir inseguro. Era su primer día como pareja. ¿Qué estaría pensando Liam?

Keith no deseaba nada de esto, pero es que se le había venido encima todo a la vez. Su relación con Liam, el concierto de mañana, el secuestro de William…

«Espero no ponerme a llorar también en casa de Troy», se dijo. «Me moriría de vergüenza».

Con este pensamiento, se apresuró a ocuparse de su vejiga. La necesidad era acuciante ahora. Y no quería dejar a Liam esperando durante media vida.

«Se preocuparía más aún», meditó. «Y todo por nada. Solo necesito esto, y luego lavarme las manos y la cara, y reponerme un poco. Dentro de un minuto estaré bien, ya lo verás».

Quería estarlo, y no solo por él mismo, y por Liam, sino también por otro motivo muy distinto. Cuando estuvieran en casa de Troy, ellos dos iban a hacer de representantes de los Red Devils, por así decir. Era la primera vez que Liam y él se enfrentaban solos con esta responsabilidad. Y Keith quería estar a la altura.

***

Mientras tanto, en el salón del pequeño apartamento del Bronx, Dan rompía poco a poco su abrazo con Reggie. Le hizo un último mimito, frotando su nariz contra su mejilla, y le murmuró:

—Voy a ir a ver cómo avanza la tarea. ¿Vale, jefe?

La realidad era que estaba deseando salir con él al callejón. Veía a su compañero agotado, y sabía que un poco de aire libre, un cigarro y algunos besos le vendrían muy bien. A él también, por cierto. Había pasado mucho miedo antes, en la calle, cuando vieron el coche, y sentía que estar un ratito a solas con Reggie le ayudaría a olvidarlo del todo, y a volver a ver el lado bonito de la vida.

Reggie le miró, con una sonrisita dulce en los labios.

—Está bien —dijo—. ¿Puedes decirle a Paul que venga, por favor? Me gustaría hablar con él un segundo.

—¡De acuerdo! —canturreó Dan.

Se marchó deprisa a la cocina. Antes de llegar al umbral, se volvió para mirar por encima de su hombro. Notaba los ojos de Reggie clavados en él, y de pronto, había sentido la necesidad de confirmarlo.

En efecto, no se engañaba. Reggie estaba mirándole. Pero no «mirándole», en general, sino observándole el trasero abiertamente. El otro chico se sobresaltó al ver que Dan se volvía, y le miró a los ojos, con cara de cachorrito abandonado, y haciendo un pequeño puchero. Dan volvió a reír, ilusionado. Nunca antes se había sentido tan deseado por parte del hombre que amaba, y no cambiaría esto por nada en el mundo.

«Lo hizo igual hace un rato, cuando salimos a fumar al callejón. ¡Y eso que habíamos tenido un buen desahogo en la ducha!», se dijo. «No tenía idea de que Reggie fuera tan sexual, con lo frío que parece… ¡Pero me encanta!».

Le hizo una mueca bromista al otro chico, llevándose un dedo a uno de sus ojos, y vocalizando: «Te he visto». Reggie le mandó un beso y vocalizó a su vez: «Guapo». Dan sonrió, volviéndose para continuar su camino. Este hombre le tenía enamorado hasta los huesos. Era maravilloso ver que el sentimiento era mutuo.

Nada más entrar en la cocina, vio a sus dos compañeros allí de pie, mirando un par de grandes bolsas que había casi llenas sobre la encimera. Paul hacía mucho bulto, pero poco más.

Era Little B el que se ocupaba del trabajo, parloteando sin parar. Cuando Dan entró, le escuchó decir:

—¿Ves? Así va todo el plástico junto. El jefe Reggie es muy metódico. Le gustará.

—Pero, ¿no habría sido mejor distribuir el peso? —dijo Paul—. Total, todo va a acabar en el mismo cubo…

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé, porque lo he visto. Salí con Reggie esta mañana. Solo hay dos cubos, y los dos estaban ya llenos…

Little B sacudió la cabeza.

—Te digo que a Reggie le gustará más así. —Reparó en Dan, que se había quedado junto a la puerta, y exclamó—: ¡Ah, Nobody! ¿Todo bien?

—Sí —contestó Dan, avanzando un par de pasos—. Paul, Reggie me ha dicho que quiere hablar contigo.

Una mirada de extrañeza pasó por los ojos azules de Paul.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Sobre qué?

Dan se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Y tiene que ser ahora, o…?

—Si puedes, sí. Yo ayudaré a Little B. De todas formas, creo que ya habéis terminado.

—¡Crees bien, hermano! —exclamó Little B.

Paul titubeó un segundo. A Dan le dio la impresión de que se había puesto nervioso de repente, aunque no pudo imaginar el motivo. Los ojos del cantante parecieron inseguros, y apretó los labios, como si estuviera haciendo acopio de valor. Al fin, dijo:

—Está bien. Ya voy.

Y salió deprisa hacia el salón. Dan se quedó mirándole marchar hasta que lo perdió de vista, intrigado.

—¿Qué le pasará? —murmuró para sí.

—No puedo ni imaginarlo —contestó Little B, que también se había quedado mirando a Paul, con la cara de la confusión personificada…

***

Paul salió al salón, sintiéndose hecho un flan.

«Seguro que Reggie ha cambiado de idea», pensó. «Quiere proteger a Nobody, y va a pedirme que le acompañe yo en su lugar. Y no me siento capaz de decirle que no…».

Pero a la vez… ¡Tenía que decírselo! ¿Qué iba a pasar si alguien le reconocía? ¡Sería una catástrofe!

Reggie estaba de pie junto a la mesa grande. Parecía concentrado en doblar el folio, donde tenía anotado el número de Troy, y el mensaje que debía decirle. Tenía la expresión seria, y la mirada abstraída. Sus dedos manipulaban la hoja con cuidado y esmero, como si fuera algo muy importante. Se la metió en uno de sus bolsillos y levantó la cabeza.

—¡Ah, Paul! —comenzó, nada más verle—. Quería…

Se interrumpió. Frunció el ceño, extrañado, e inclinó la cabeza a un lado, preguntando:

—¿Qué te pasa?

Paul se encogió de hombros. Llegó a su lado y contestó:

—Nada. ¿Por…?

—Tienes mala cara. ¿Estás inquieto por algo? ¿Sigues asustado por los intrusos esos? No hace falta que te hagas el valiente conmigo, amigo. Es humano tener miedo.

Paul sacudió la cabeza.

—No, eso ya se me ha pasado —respondió.

—¿Entonces…? ¿Es por lo del coche? Porque no me creo que sea por el concierto… ¡Precisamente tú eres el único que todos los años se lo toma con filosofía! Keith y yo tenemos mucho que aprender de ti.

Sonrió un poco, y su rostro cansado y pálido pareció llenarse de luz. Paul sintió que se le encogía el corazón. ¿Cuándo le había dicho Reggie estas cosas? ¡Nunca! Pero si ayer mismo le tachó de irresponsable, poco más o menos, y por este mismo motivo, porque no se tomaba demasiado en serio su concierto anual…

«Ha cambiado mucho en muy poco tiempo», se dijo. «En parte por el peso de la responsabilidad, y en parte por la influencia de Nobody. Jamás he visto a Reggie tan a sus anchas ni tan él mismo, y eso es gracias a este chico. Me alegro tanto por él…».

Pero por lo visto, Dan también debía estar contagiándole su poderosa intuición, porque Reggie se dio cuenta en seguida de que Paul no le seguía la broma, y su sonrisa se apagó. Se

puso serio, y le miró a los ojos, preocupado.

—Cuéntame, Paul. ¿De qué se trata?

Paul volvió a encogerse de hombros.

—No es nada importante. Cuéntame tú. ¿Qué querías? ¿Has cambiado de opinión, y quieres que te acompañe yo a tirar la basura?

—No, era…

Reggie sacudió sus cortos rizos en un gesto negativo, y de pronto, se interrumpió otra vez. Se quedó mirando a los ojos de Paul, de modo penetrante ahora. Muy bajito, más para sí mismo que para Paul, como pensando en voz alta, murmuró:

—No puedo creer que…

Paul se sintió cazado, no podría decir por qué. Tal vez fuera por la expresión de los ojos de Reggie, entre sorprendida y decepcionada… Sea como fuere, sintió una súbita oleada de vergüenza y culpa, y desvió la vista, incómodo.

Trató de disimular, haciendo como que miraba a la cocina, y diciendo, en tono casual:

—¿Qué?

Se sentía más y más nervioso por segundos, y al mismo tiempo, frustrado consigo mismo. No quería tener que decirle a Reggie que le daba miedo acompañarle. ¡Pero él ya se había dado cuenta! ¿Sabría también cuál era el motivo? Y si lo sabía, ¿qué reacción iba a tener?

Paul apreciaba de veras a Reggie. No quería ofenderle, ni hacerle sentir inferior o un segundón, por nada en el mundo. Jordan ya se ocupaba de eso, y lo hacía en demasía para su gusto. Paul solo quería… Pues eso, seguir siendo amigo de Reggie como hasta ahora. Y quedarse aquí, a salvo, manteniéndoles así también a salvo a todos ellos. Pero, ¿qué iba a opinar Reggie?

Paul se quedó mirándole, inseguro, temiendo y deseando saber la respuesta…

Capítulo 3

Por su parte, Reggie no contestó en seguida, pero continuó mirándole, muy serio. Paul podía sentir sus ojos clavados en él, como agujas de hielo. Ansioso, se arriesgó a echarle una ojeada de través al otro joven, y no le gustó lo que vio. El rostro de Reggie era frío e impenetrable.

El batería aprovechó que sus miradas se cruzaron para murmurar, con su voz impregnada de decepción:

—No puedo creer que tengas miedo. —Incrédulo, añadió—: ¿Y de ir a tirar la basura?

Paul volvió a desviar la vista, chasqueando la lengua. Pero Reggie continuó:

—No, no. Miedo de verdad. Miedo a tirar la basura. No es susto ni inquietud, es puro miedo… Y mira, que lo tenga Little B se explica, porque es poquita cosa y tal, pero tú…

—Reggie, es de día, ¿vale? —dijo Paul, cada vez más frustrado y más incómodo.

—M-m. También lo era cuando fuimos esta mañana, y no te dio nada.

—Era distinto.

—¿Por qué?

—Era muy temprano, y no había nadie por la calle.

—Ah. ¿Y anoche, cuando fuimos al coche de Jordan? Porque no te vi la cara que tienes ahora, te lo prometo…

—Anoche era lo mismo —gruñó Paul, fastidiado al saber que su propia cara era lo que le había delatado. ¿Tan transparente era para Reggie, demonios?—. Era muy tarde, y no había gente.

Reggie soltó un «¡ah!» prolongado, como si acabara de caer en la cuenta de algo.

—La gente es el problema, ¿no? —dijo—. No es la calle, ni es la hora del día, sino la gente. —Inclinó la cabeza a un lado, preguntando—: ¿Por qué, Paul? ¿Por qué de repente la gente es un problema para ti?

Paul se mordió el labio inferior. Cuando se obcecaba con algo, Reggie era implacable. Tarde o temprano, acababa por enterarse de lo que fuera. Y él no quería estar aquí. No quería tener que decírselo…

***

Entretanto, Little B se acercaba a Dan y le señalaba las dos bolsas que había sobre la encimera, haciendo un gesto con la barbilla hacia ellas.

—Mira, una es de plásticos, envases, platos, vasos y demás —explicó—. Y la otra es de ropa. La grande pesa poco, ya sabes. La ropa pesa más, porque hay alguna que está mojada. ¿Crees que podréis llevarlo todo entre los dos?

Dan echó una ojeada a las bolsas. Eran grandes, sobre todo la del plástico. Pero le pareció que si Reggie y él cargaban una cada uno, no tendrían problemas. Asintió.

—Sí. Está muy bien así, colega —dijo.

Little B asintió a su vez, satisfecho. Luego se acercó a él un poco más y le agarró por un brazo para hablarle, en voz baja y en tono confidencial.

—Oye, Nobody. Se me ha ocurrido pensar…

—¿Qué?

Little B estiró el cuello hacia la puerta de la cocina y echó un vistazo, como para comprobar que sus compañeros no podían oírle, antes de añadir:

—¿Y si esos tres tipos que he visto eran espías de MC Giant?

Dan hizo un ruidito de sorpresa. Por lo visto, Little B también se había acordado de aquel gigante. ¿Sería por eso que le miró tan raro antes?

«Es posible», se respondió.

En cambio, en voz alta se limitó a decir:

—¿Por qué iban a serlo?

—Porque… ¿No dicen que lo sabe *todo*? Y una vez oí decir que tiene su cuartel general en el sur del Bronx. En otras palabras… ¡Estamos en su territorio, colega!

Dan hizo una mueca.

—No sé, Little B. No creo que todo esto sea su territorio. El Bronx es tan grande…

—¿Y si lo fuera? ¿Y si nos está vigilando?

Dan sacudió la cabeza.

—¿Cómo nos va a vigilar? —contestó—. No sabe dónde estamos, nadie lo sabe. Desde fuera este edificio parece que está abandonado.

—Ya, pero como lo sabe *todo*…

***

Paul volvió a estirar el cuello en dirección a la cocina, a ver si aparecían sus amigos y le rescataban del momento incómodo. Pero no consiguió divisar a nadie. Los raperos no parecían tener prisa por reunirse con ellos. Frustrado y triste, el cantante bajó la vista al suelo.

—¿Paul? —insistió Reggie.

El aludido tomó aire profundamente, vencido. No había nada que hacer. Reggie necesitaba una respuesta, y Paul lo entendía. Era él quien había estado ayudando al batería en todas las cosas difíciles, desde que llegaron aquí. Era normal que Reggie quisiera saber por qué no quería participar de esto concreto… Pero Paul estaba pasando un mal rato tremendo.

Levantó la cabeza para mirar a su compañero a la cara. Reggie continuaba serio, pero su rostro ya no parecía frío ni impenetrable. Ahora había curiosidad en sus ojos, y algo más… Algo que Paul tardó unos instantes en poder nombrar, porque era tan extraño… Parecía cariño y respeto, y también… ¿Compasión? ¿Por qué?

Paul no entendía nada, pero se esforzó por mantenerle la mirada al otro joven, mientras explicaba:

—No quería tener que decírtelo, porque no quiero ofenderte. Te aprecio mucho, Reggie. Y estás siendo el mejor jefe que podríamos desear.

Reggie alzó las cejas y le miró desde debajo de los rizos, curioso y casi bromista.

—¿Pero…? —dijo.

***

Dan chasqueó la lengua. Era evidente que el asunto de los intrusos esos le había dejado huella a Little B. Pasó un brazo por sus hombros, tranquilizador, y contestó:

—No pienses más en ello, colega. Lo más seguro es que fueran curiosos y nada más.

—¿Tú crees? —preguntó Little B, inseguro.

Dan asintió.

—Sí, lo creo. Reggie y yo no hemos visto ni rastro de ellos. Además, ¿no dijiste que eran blancos?

—Sí, eso me pareció. Uno de ellos, el que se parecía a Troy, era rubio, igual que él.

—¿Lo ves? Ya sabes que a MC Giant no le caen bien los blancos…

—Eso es verdad —contestó Little B, haciendo un gesto con la cabeza, entre la duda y el asentimiento.

Dan le apretó un poco contra sí y repitió:

—No pienses más en ello, venga. Se han ido para no volver. Y como dice Reggie, ya tenemos bastantes problemas.

—Sí —asintió Little B, bajando la vista al suelo. Le dio una palmadita en la espalda, murmurando—: Lo del coche ha sido un mazazo, Nobody.

Dan apoyó la cabeza en la suya y suspiró.

—Para mí también, hermano —confesó—. Para mí también.

***

Paul tomó aire profundamente, antes de explicar:

—El problema no es la gente.

—¿Ah? —dijo Reggie.

Paul negó.

—El problema es ser reconocido por la gente, ¿entiendes? De día y a plena luz, es fácil que se te vea la cara, incluso desde lejos. Y ya sabes que mi cara…

Reggie esbozó una sonrisita que, para sorpresa de Paul, era genuina, sin un ápice de acritud.

—¡Tu cara es igualita a la del cantante de los Red Devils, amigo mío! —concluyó por él.

A Paul se le escapó una risita al oír esto, nervioso como estaba y todo, no pudo evitarlo. Reggie también se rió.

—¡Ah, Paul! ¡Qué tonto he sido! —exclamó—. ¿Cómo no he caído antes? —Se acercó para darle una palmadita afectuosa en un brazo, añadiendo—: Perdona, hombre. Tienes razón. Quédate tranquilo, porque no te voy a pedir que salgas a la calle mientras que sea de día. A menos que haya una emergencia, tú me entiendes… Si hubiera un incendio, por ejemplo, no voy a dejar que te quemes aquí…

Paul volvió a reír. Reggie era sincero, no estaba burlándose de él. Sus ojos brillaban, y todo él parecía sonreír. Su mano apretó cálidamente el brazo de Paul.

—Siento de veras no haber caído antes, Paul —le dijo.

Paul colocó su mano sobre la suya y la apretó a su vez, aliviado y agradecido. No podía creer su buena suerte. Reggie no parecía ofendido por esto, y tampoco daba muestras de que su amistad se hubiera resentido. ¿Sería posible?

—¿No estás enfadado? —preguntó, solo para confirmar, un poco avergonzado.

Reggie pareció sorprendido.

—¿Yo? ¡Claro que no! —contestó—. ¿Por qué me iba a enfadar una cosa como esta?

—No sé… También eres un Red Devil…

—¿Lo soy? ¿En serio? —bromeó Reggie.

De nuevo, no había ni rastro de acritud en su voz ni en su expresión. Se echó a reír, y Paul rió con él, sintiendo que su corazón se distendía. Reggie dejó ir su brazo, y Paul soltó su mano a su vez, un poco a desgana. Le habría gustado poder tenerla en la suya durante unos instantes más. Le había hecho mucho bien ese gesto de camaradería y buen rollito. Le había dicho sin palabras que todo estaba bien entre ellos, que seguían siendo amigos…

***

—Little B, ahora que estamos solos… —comenzó Dan, rompiendo el abrazo lentamente.

Little B levantó la vista para mirarle con curiosidad.

—Dime.

—Quiero avisarte para que no te inquietes.

Little B se puso tenso al oír esa frase, y Dan hizo una mueca. Tal vez no debería haber empezado por ahí…

—¿De qué? —preguntó su colega.

—De que es posible que Reggie y yo tardemos un poco en volver —explicó Dan, en tono suave y conciliador.

Little B no pareció más tranquilo, al contrario.

—¿Sí? ¿Y eso? —dijo. Y de pronto, frunció el ceño y le reprendió—: Nobody, no vayas a decirme que vas a encerrarte en el baño con el jefe otra vez, para hacer lo que ya sabemos. Esta mañana os llevasteis dos horas ahí dentro, y tú nunca…

—Shh… ¿Quieres escucharme? ¡No es eso! ¿Vale? —protestó Dan, sintiendo un nada bienvenido calor en la cara.

Le avergonzaba mucho que su colega abordara ese tema. Dan era un chico prudente, responsable y decoroso, y sentía que había ciertos asuntos que pertenecían al ámbito de la intimidad, y que debían quedarse entre su pareja y él. Entendía que esta mañana fue inevitable que sus amigos se dieran cuenta de que había ocurrido algo entre Reggie y él. Pero no entendía la necesidad de estar recordándolo cada dos por tres. Ya con la vergüenza que pasó esta mañana al ver la cara de Little B, tuvo suficiente.

—Ah, menos mal —dijo este, con todo el aire que tendría una gallina clueca, ofendida porque uno de sus polluelos había osado salir del nido—. Porque vale que te hayas enamorado… Yo sentiría lo mismo si en este apartamento hubiera una chica guapa y soltera, e interesada en mí… Pero de ahí a estar enganchados a todas horas…

***

Reggie se irguió y forzó a sus hombros a relajarse. Movió el cuello a un lado y al otro, como si lo tuviera rígido y quisiera distenderlo. Paul le observó, intrigado, con una sonrisita aún bailando en sus labios. Al fin, Reggie suspiró y explicó:

—Mira, Paul. Estoy aprendiendo algunas cosas de toda esta experiencia. Y una de ellas es que a veces es una bendición no ser famoso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paul.

—¿No es obvio? —Reggie señaló al teléfono con una mano—. Hace un rato he hablado con Seth. Yo le he reconocido a él, pero él a mí no. ¿Y no ha sido una suerte maravillosa?

—Desde luego —asintió Paul.

No podía ni imaginar lo que habría ocurrido si Seth hubiera reconocido a Reggie. Habría sido una catástrofe, para todos ellos.

—¿Entiendes ahora? —prosiguió el otro chico—. A veces es una bendición que nadie oiga nunca hablar a un batería.

Hizo el gesto de las comillas en el aire con dos dedos, bromista. Paul entendió que estaba citando a Jordan, y su sonrisa se hizo más amplia. Asintió de nuevo. Sí, por fin comprendía…

—En realidad, todo son ventajas —añadió Reggie—. Igual que nadie me oye hablar, nadie se fija tampoco en mi cara, así que ni se me ocurre pensar que puedan reconocerme por la calle. Ese miedo no lo tengo, ¿ves? Tengo otros, desde luego, y son terribles, pero ese no. ¡Y qué alivio, chico! Con los otros ya tengo bastante…

Paul volvió a asentir. Ahora Reggie se refería a tener que hablar con Troy y a los ensayos. Se le ocurrió pensar que el otro chico era tan Red Devil como él y sin embargo, era cierto que podía hacer cosas que le estaban prohibidas a Paul, por el riesgo de ser reconocido. Pero en realidad Reggie corría el mismo riesgo que él. Y aquí estaba, tomándolo con filosofía. Por

primera vez desde que empezó toda esta aventura, Paul cayó en la cuenta de que Reggie llevaba demasiada carga.

—Me ha hecho mucho bien hablar contigo de esto —confesó Paul, mirando a su amigo con respeto y admiración—. Gracias por haber insistido, y por no haberte enfadado, y… Bueno, gracias.

Reggie hizo un gesto con la mano para quitarle importancia, exclamando:

—¡Nah, a mandar!

De pronto, pareció pensarlo mejor, porque alzó un índice a modo de advertencia, y añadió:

—¡Eso sí! La próxima vez, no te hagas el interesante, y no te lo guardes. Ya ves que al final, acabo por enterarme de las cosas.

Movió las cejas, bromista, y Paul se echó a reír.

***

Dan resopló y miró a su colega de través.

—Vaya, que tú no lo has hecho en tu vida.

—¿Yo? —se horrorizó Little B.

—¡Sí, tú! ¿Te recuerdo aquella noche, que fuimos a un garito, y cuando me di la vuelta en la barra con las bebidas, ya te habías ido detrás de una chica? ¡No volví a verte en toda la noche!

—¡Estaba borracho!

—¡Pero si acabábamos de llegar!

—¡Jamás te dejaría solo, Nobody! ¡Me insultas! —exclamó Little B, muy erguido, llevándose dramáticamente una mano al pecho.

Dan ya hacía muchos años que estaba curado de espanto de las poses teatrales de su colega, de modo que se limitó a responder:

—Ya. Fueron imaginaciones mías, entonces.

Little B sacudió la cabeza y movió la mano en el aire, como para apartar una mosca molesta.

—Además, te quejas de vicio —dijo.

—¿Qué?

—¡Sí! Porque aquella noche, según me contaste después, te encontraste con unos raperos, y te fuiste a una batalla de rimas que había en el bar de al lado. ¡Lo pasaste genial! ¡Y fue gracias a mí!

—Lo pasé genial, sí. ¡Pero me fui porque tú no aparecías!

—Cualquiera que te oiga, se cree que soy un ligón o algo… ¡Y no me como ni una rosca!

Little B crispó ambas manos en el aire para más énfasis. Dan hizo un mohín.

—¡Ya será menos! —contestó.

—¡En serio! ¡Soy torpe con las chicas! ¿Qué se le va a hacer? O será que soy bajito… ¿Yo qué sé? ¡En cambio, tú las tienes a pares!

—¡Meh! ¿Y de qué sirve? En cuanto les digo que soy gay, salen huyendo. Ni siquiera me da tiempo de decirles que tengo un colega hetero muy necesitado de mimos.

Little B puso una mano en su hombro y sacudió la cabeza con aire solemne.

—No hay quien entienda a las mujeres, hermano —dijo.

—A algunas no, desde luego. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Reggie y conmigo? ¿Puedo saberlo?

Little B volvió a crispar las manos.

—¡Es que tampoco te entiendo a ti! Siempre has sido un chico modosito y prudente. ¡Y desde ayer, eres tú el que está necesitado! ¡Esto es el mundo del revés!

Dan hizo un gesto de hastío con los ojos, chasqueando la lengua.

—¿Quieres dejarme hablar? —protestó—. No es lo que crees.

—¡Ah, menos mal! —Little B se cruzó de brazos y movió una mano para apremiarle—. ¡Adelante entonces! Soy todo oídos.

Capítulo 4

Reggie vio a Paul soltar una carcajada franca y sonora de las suyas y sonrió él también, aliviado. Le alegraba el corazón ver que su amigo volvía a ser él mismo, y que volvía a sentirse relajado y a sus anchas.

—No más secretos entre nosotros, Paul —dijo, alargando un puño cerrado hacia él.

Paul lo golpeó suavemente con el suyo, respondiendo:

—Ya no más, Reggie.

Y volvió a sonreírle de oreja a oreja.

«Me alegro de que las cosas vuelvan a estar bien», pensó Reggie. «Paul es despreocupado por naturaleza. Su manera de tomarse las cosas me ayuda más de lo que él cree. No quiero verlo asustado ni preocupado. Ya con que lo esté yo, tenemos bastante».

Sí. Un Paul asustado sería el equivalente a tener a dos Reggie en la habitación. ¡Y qué horror! Lo disparatado de la idea le arrancó otra sonrisa.

Reggie no había mentido. Hasta hacía pocas horas, le había molestado mucho que le recordaran que el público no solía fijarse en los baterías de los grupos de rock.

Él se sentía tan Red Devil como los demás. Trabajaba mucho con su instrumento, ensayando todos los días, y aprendiendo de otros baterías y percusionistas. La música era su pasión. Pero cuando le decían que la gente no se fijaba en los baterías, le hacían sentir un músico de segunda categoría. Le hacían sentir inferior, prescindible. Transparente.

Tan transparente como lo era cuando estaba con Jordan en una reunión de amigos, o como lo había sido con todas sus ex-parejas, por cierto. No era agradable, eso de sentir que nadie le veía a uno. Que uno no era importante para nadie…

Pero a la vez, Reggie estaba en el mundo, igual que los demás. Sabía que la prensa le daba más protagonismo a Jordan, que era el más guapo y el compositor del grupo, y a Paul, que era el cantante…

Y no solo eso. Cuando salían de gira, mientras su limusina cruzaba las mareas de fans, los gritos que oía en el exterior coreaban el nombre de Jordan, el de Paul, y ocasionalmente también el de Keith. Veía los carteles y pancartas en los conciertos, con las caras de Grant y del cantante estampadas en ellos… Las camisetas de los fans, el merchandising de todo tipo que les traían para que les firmaran… Todo ello tenía la cara de Jordan o el nombre del grupo, o ambas cosas. Reggie nunca había visto una camiseta con su cara, ni con la de Liam…

En otras palabras, podía ofenderse todo lo que quisiera, frustrarse, y tomárselo como

quisiera, pero no podía negar la realidad. El público no adoraba a los Red Devils. El público adoraba a Jordan y a Paul, y ellos tres eran solo sombras a su alrededor. Keith tal vez tuviera también algunos fans propios, porque era muy guapo y era guitarrista. Pero, ¿Liam y él? No.

Nadie se fijaba y nadie valoraba el trabajo de un bajista o el de un batería. Y sin embargo, eran tan necesarios como los demás. Sin ellos no había canción. Pero el mundo era el que era, y Reggie tendría que estar muy tonto, muy borracho, o tener una enfermedad mental que lo mantuviera fuera de la realidad, para no aceptar esa verdad. Y Reggie ni estaba tonto, ni loco, ni intoxicado.

Ahora bien, como le había dicho a Paul, estaba aprendiendo a sacarle el lado bueno a todo este asunto. En efecto, Seth no le había reconocido. Para los Dragon Riders, Reggie continuaba siendo solo «el secuestrador». Pero había algo más, que no había dicho para no ofender a Paul, y porque estaba seguro de que no podría comprenderle…

Reggie no era famoso, no tenía fans propios… Reggie era libre. Libre para entrar y salir del apartamento, envuelto en su capa de anonimato. Libre para hacer cosas tan mundanas como ir a tirar la basura, o sentarse en el banquito del callejón, y besar a Dan durante todo el rato que quisieran…

Las mismas mareas de fans que les perseguían cuando iban de gira, coreando su nombre con pancartas que llevaban en ellas su rostro estampado, eran las que mantenían prisionero a Paul, confinado en estas cuatro paredes hasta que todo esto hubiera acabado.

Los fans no estaban físicamente en el exterior. Pero su presencia, a donde quiera que fueran los Red Devils, atosigaba a Paul. Le hacía pensar que, incluso en este edificio abandonado en el fin del mundo, iba a haber alguien capaz de reconocerlo.

Reggie no tenía ese problema. Nadie iba a reconocerle en ninguna parte. Reggie era libre.

¡Y qué alivio sentía al verse tan distinto de Paul! Su amigo vivía en una cárcel mental, encerrado por su propia fama. Por primera vez en su vida, Reggie se alegró de ser una sombra en los Red Devils. No le gustaría vivir en la misma cárcel mental que Paul. No le gustaría estar aquí confinado, sin poder ver el sol, sentir la brisa ni ver el cielo.

En estos momentos, esas cosas eran las únicas que le recordaban que había vida, más allá de estas cuatro paredes. Que esto era algo transitorio, y que pasaría y quedaría atrás… Que había un futuro.

Reggie necesitaba sentir que había un futuro, aunque solo pudiera sentirlo a ratos. Estaba agobiado por las responsabilidades, preocupado por el concierto y por William, y por tener que hablar con Troy… Saber que esto acabaría en algún momento era lo único que lo mantenía de pie y con esperanzas. En realidad, tal vez fuera lo único que lo mantenía peleando…

Pero por supuesto, no podía contarle a Paul nada de todo esto. Sabía que no lo entendería.

—Entonces, Reggie, si no era para que te acompañe a tirar la basura… —dijo el cantante—. ¿Para qué me llamabas?

Reggie se sacudió un poco.

—¡Oh! Verdad, lo había olvidado —contestó—. Solo quería preguntarte si puedo dejarte a cargo del teléfono.

—¡Claro! —Paul le dio una palmada en la espalda—. ¡Dalo por hecho, chico! —Pareció pensar durante unos instantes, antes de añadir—: Aunque todavía queda para que llame Jordan… ¿Tanto vais a tardar, en ir a la esquina y volver?

***

—¡Adelante! —exclamó Little B—. ¡Soy todo oídos!

Dan suspiró. No pudo evitar pensar: «Qué incorregible es, demonios…». Pero si no lo fuera, no sería Little B, así que…

—Reggie y yo vamos a tardar, porque no vamos a ir solo a tirar la basura —comenzó.

—¿Lo ves? —exclamó Little B, triunfante—. ¡Ya sabía yo que…!

—Little B, por favor. ¿Puedo terminar?

Little B cerró la boca con fuerza y se quedó rígido, cruzado de brazos. Asintió, mirándole con el ceño fruncido.

—Reggie quiere hablar con William y contarle lo que sabemos sobre Troy —continuó Dan —. Creemos que le ayudará saberlo.

Little B volvió a asentir, sin decir nada esta vez. Dan aprovechó para proseguir:

—Además, necesito ir al baño. Eso de beber tanta agua está muy bien para calmar los nervios, pero luego…

—Estoy de acuerdo, hermano.

Dan asintió a su vez.

—Luego iremos a tirar la basura —explicó—. Los cubos no están lejos, los vi esta mañana. Están allí, al final del callejón.

Señaló en aquella dirección con una mano. Little B le miró con grandes ojos, alarmado.

—Tendréis cuidado, ¿verdad? —dijo.

—Sí, Little B.

—Mira que esto es el Bronx…

—Lo recuerdo, créeme.

—Pero el Bronx de verdad, no es el decorado de una película…

—Que sí.

—¿Y qué haréis después? ¿Dar una vuelta a la manzana para estirar las piernas? Imprudente, si quieres mi opinión, pero conociendo a Reggie…

***

Reggie hizo un mohín.

—No vamos solo a tirar la basura —dijo—. También necesito ir al baño. He bebido mucha agua, y ya sabes.

Paul volvió a sonreír.

—Comprendo.

—Y quiero pararme a contarle a William lo último que sabemos sobre Troy. Para que él también sepa que a las dos tendremos noticias. O eso espero…

Paul asintió.

—Me parece bien.

—Y…

Reggie le echó una ojeada a la cocina. Al ver que sus compañeros aún no daban muestras de querer reunirse con ellos, se acercó más a Paul y preguntó, bajando la voz:

—¿Puedo contarte un secreto?

—Dime —cuchicheó Paul con curiosidad, inclinándose hacia él desde su elevada estatura.

—Dan estuvo a punto de besarme hace un momento, y Little B le interrumpió —murmuró Reggie—. Puede parecerte mentira, pero… Estoy deseando quedarme a solas con él para morderle la boca.

Paul echó la cabeza hacia atrás y soltó otra carcajada, exclamando:

—¡Ah, Reggie! ¡Te has enamorado!

Reggie sonrió ampliamente y contestó:

—No lo sabes tú bien.

Paul continuó riendo. Le abrazó con cariño, alborotándole los rizos con una mano.

—¡Me alegro, hombre! ¡Ya era hora! —dijo. Le estrechó un poco más, con ternura ahora, y más bajito, repitió—: Me alegro mucho.

—Yo también —contestó Reggie, abrazándole a su vez, un poco sorprendido por la reacción de su compañero.

Paul volvió a reír, y Reggie también sonrió, apretado contra su fuerte cuerpo. Sí, era una bendición que Paul hubiera vuelto a ser el de siempre…

***

—No, hermano —dijo Dan, armándose de paciencia—. Después pretendo llevarme a Reggie al banquito que hay en el callejón.

No dijo para qué, pero no hizo falta porque su amigo debió imaginarse el resto, a juzgar por el respingo que dio.

—¿Lo ves? —exclamó—. ¡Lo sabía! ¡Para liarte allí a besitos, a la vista de todo el mundo!

Hizo un gesto con las manos, como si cada una de ellas fuera una cabeza, y se besaran. Dan se llevó a la frente una de las suyas, mortificado.

—Mira, si te soy sincero, ganas no me faltan —contestó.

—Lo peor que ha podido pasarte ha sido enamorarte, Nobody. —Su colega le señaló con ambas manos, incrédulo—. ¡Mírate! ¡Pareces otro!

—Little B, hay algo más. ¿Vale?

—¿Qué, a ver?

—Por si no lo has notado, Reggie está mal. Está agotado. Quiero hablar con él. Quiero que me cuente lo que le preocupa.

Little B volvió a cruzarse de brazos, haciendo un mohín.

—¡Psé! —Se encogió de hombros—. Hablar con Troy. ¡Eso ya lo sabemos todos!

—No es solo eso. ¿No le oíste cuando habló con Jordan? Mencionaron los ensayos de esta tarde.

Little B se puso de nuevo tenso y alerta, y exclamó:

—¡Ah! ¡Es verdad!

—Ese asunto es importante para Reggie, y quiero…

—¿Tú crees que podrán ir, Nobody? ¿Sin coche? Porque yo no lo veo, hermano… —Little B se llevó una mano a la frente, y sacudió la cabeza con pesar, repitiendo—: No lo veo…

—Te confieso que yo tampoco —contestó Dan—. Pero quiero hablarlo con Reggie, a ver qué le ha dicho Jordan y qué opina él, ¿entiendes?

—Si quieres saber lo que opino yo, estamos encerrados aquí hasta el día del Apocalipsis, hermano —dijo Little B, sin levantar la cabeza.

—Yo tengo la misma sensación —convino Dan.

Se volvió y miró al umbral de la cocina. Más allá estaba el salón, donde se encontraban Reggie y Paul. Él no podía verlos desde aquí, pero le pareció oír la sonora risa del cantante, y la voz grave de Reggie, más bajita. A saber de lo que estaban hablando. Desde luego, era seguro que no debía tratarse de los ensayos. Para Reggie era un tema demasiado sensible, ya lo demostró ayer por la tarde…

—¿Qué deben estar sintiendo ellos, colega? —murmuró—. ¿Te lo has planteado? Si nosotros estamos agobiados por lo del coche… ¿Te imaginas cómo están ellos dos? Es su grupo el que se encuentra en peligro. Es su concierto anual el que tienen mañana. Y aún no saben si podrán asistir…

Little B levantó la cabeza. Le miró durante un instante, y colocó una mano sobre su hombro. Volvió a hablar en tono serio y solemne.

—Nobody, tienes un corazón inmenso y precioso, que lo sepas. ¿Lo ves? Ya me has convencido. Ve con tu enamorado, y haz lo que te dé la gana por ahí, pero por favor…

—¿Sí?

Dan se giró de nuevo hacia Little B. Su colega le miró con ojos suplicantes, uniendo las manos ante sí como si estuviera rezando.

—Por favor, volved los dos de una pieza. Lo de los intrusos y lo del coche me han puesto muy nervioso. Y si os pasara algo a alguno de los dos, yo…

Dan le abrazó otra vez.

—No va a pasarnos nada, hermano —contestó, tranquilizador—. No te preocupes. Estaremos bien.

Little B le abrazó también, con ternura, y le dio palmaditas en la espalda. No dijo nada más, pero Dan comprendió de todas formas. Pudo escuchar lo que su amigo no había dicho.

«Nos quiere, a los dos, y no quiere perdernos», pensó. «¡Qué noble eres, Little B! A pesar de que mi relación con Reggie podría amenazar nuestra amistad… O eso pensaría cualquier otra

persona… Tú has empezado a quererle tanto como a mí. ¡Y dices que yo tengo el corazón grande! Tú sí que eres grande, hermano. Y Reggie y yo cuidaremos de ti. Haremos que vuelvas a sentirte a salvo. Ya lo verás».

***

Fue Reggie el primero en apartarse, despacio, y le dejó otra palmadita en la espalda a Paul. Este le dejó ir un poco a desgana.

—Bueno, será mejor ir moviéndose —dijo el batería—. A este paso, van a dar las dos, y aún no habremos salido de aquí.

—Verdad —sonrió Paul.

Su compañero se dio la vuelta y estiró el cuello hacia la cocina, llamando:

—¿Danny? ¿Estamos listos?

Paul se quedó mirando su espalda delgada y su pelo rubio. Se sentía más fuerte después de esta conversación, y su estima y respeto por el otro chico se habían hecho más grandes. Reggie había hecho que se disiparan como el humo los fantasmas del miedo y de la vergüenza. Era un amigo estupendo.

«Y como jefe, el mejor», concluyó en su mente. «Gracias por haber sido implacable conmigo, y por no haber parado hasta enterarte de lo que me pasaba. Gracias por mostrarnos este lado de ti, el del jefe comprensivo que se preocupa por sus compañeros. Eres grande, Reggie. Y yo me siento afortunado por poder compartir esto contigo».

***

—¿Danny? —volvió a apremiar Reggie.

Dan dio un respingo y deshizo el abrazo con su colega, contestando en voz alta:

—¡Sí! ¡Ya vamos!

—¿Qué os falta?

—¡Nada! ¡Cerrar las bolsas!

Dan se acercó a una de las bolsas que estaban sobre la encimera, y se puso a la tarea, murmurando:

—Hay que moverse, Little B. Luego te contaré cómo nos ha ido, ¿vale?

—Recuerda que has prometido tener cuidado —repuso Little B, mientras cerraba la otra bolsa.

Dan hizo un ruidito de asentimiento. Terminó con lo suyo y cogió la bolsa entre las manos. Miró a su amigo de través. Little B no le miraba a él, y tenía la expresión preocupada y disgustada.

—Has hecho tres nudos, colega —observó Dan—. Vas camino del cuarto.

—¿Y qué? Así va más segura.

—Little B, por mucho que intentes retrasarnos…

—Os vais a ir de todas maneras, ya —contestó el otro chico. Cargó su propia bolsa en los brazos, y concluyó—: Bueno, pues cuanto antes mejor, ¿no?

—¡Pero qué dramático eres! —rezongó Dan, sacudiendo la cabeza.

Y sin más se dirigió al salón, donde les esperaban sus dos compañeros.

Capítulo 5

Little B caminó detrás de Dan, llevando la bolsa del plástico entre sus dos manos. Nada más salir al salón, Reggie soltó una pequeña exclamación de sorpresa, y corrió al encuentro de Nobody, diciendo:

—¡Deja que lleve yo esa bolsa! ¡Parece pesar un montón!

De modo muy predecible, Dan protestó:

—Puedo bien con ella, Reggie. Te lo aseguro.

Little B alzó los ojos al techo con hastío y resopló, mortificado. ¡Ya estaban otra vez los dos tortolitos peleando por protegerse el uno al otro! A unos pasos de ellos, vio a Paul sonreírse con ternura, mientras Reggie insistía:

—Sí, mi vida, desde luego que puedes. Pero yo quiero cuidar de ti, y de tu costado lesionado. Por favor, ¿tanto te cuesta?

Agarró la bolsa, y los dos forcejearon un instante por ella. Al fin, Dan la dejó ir, resoplando a su vez. Reggie pareció muy aliviado. Le besó en la mejilla, y dijo:

—Así está mejor. No me mires así, tú puedes llevar la otra. ¡Mira lo grande que es! Y Little B la carga sin esfuerzo…

—Es que no pesa, Reggie —contestó Dan—. Es el plástico.

Dan vino a despojar a Little B de la bolsa. Se dio la vuelta luego hacia Reggie, que le miró, preocupado, e insistió:

—¿Y no pesa de verdad?

Dan volvió a resoplar.

—Reggie, a veces pareces convertirte en mi madre.

Reggie pareció un poco dolido al oír aquello. Little B decidió intervenir, antes de que acabaran en una nueva discusión. No por primera vez, le habían conmovido la inquietud y la devoción del jefe por su colega, y sintió la necesidad de tranquilizarle como pudiera.

—No pesa nada en absoluto, Reggie —dijo, en tono despreocupado—. Vete tranquilo, que Nobody no va a partirse la espalda por esto.

Dan se giró para mirarle, sorprendido, y dijo, no sin cierta ironía:

—¡Vaya! Gracias, colega.

Little B le sonrió, poniendo la cara de la inocencia personificada.

—De nada, hermano —se limitó a responder.

Reggie ajustó su bolsa entre sus dos manos, y los miró a todos, diciendo:

—Muy bien, chicos… ¡Ah, Little B!

—¿Sí?

—Antes de que nos vayamos, quiero advertirte de que es posible que tardemos.

Little B hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y contestó:

—Sí, lo sé. Ya me lo ha dicho mi colega.

Ahora fue el turno del jefe de parecer sorprendido. Abrió grandes ojos y miró a Dan.

—¿Ah, sí? —Dan asintió, y Reggie se encogió de hombros—. Bueno, pues en ese caso… ¿Nos vamos?

—Detrás de ti, David —bromeó Dan.

Reggie se dirigió al pasillo, sacudiendo la cabeza, mientras Paul soltaba una risita. El primero alzó la vista hacia el segundo, y le miró un instante con complicidad.

—Recuerda estar pendiente del teléfono —le dijo.

El cantante asintió. Reggie le hizo un saludo con la cabeza a Little B.

—¡Ahora venimos!

—¡Tened cuidado, jefe! —exclamó Little B.

—¡Sí! —contestó Reggie, ya desde el pasillo.

Dan se limitó a saludarles a los dos con una mano y una sonrisita, antes de desaparecer tras él.

El salón pareció quedarse vacío de repente sin ellos, a pesar de la imponente presencia de Paul, allí de pie. Little B abrió oído. Durante unos instantes, escuchó el rumor de los pasos de sus dos amigos, el sonido del plástico de las bolsas, y sus voces cuchicheando entre sí, y creando ecos en el largo pasillo. Todo ello se fue alejando poco a poco, hasta que dejó de oírlos, y en el salón se hizo el silencio.

Paul se volvió hacia él y le sonrió.

—¡Solos otra vez! —exclamó—. ¿Te apetece que echemos esa partida a las cartas?

***

Paul no podía sentirse mejor. Ya no había secretos entre Reggie y él, y su amistad estaba intacta. Además, el otro chico había demostrado tener confianza en él, porque le había dejado a cargo del teléfono. Paul esperaba que la parejita pudiera pasar un ratito agradable en el callejón. Desde luego, él iba a hacer todo lo que pudiera para dejarles en paz, hasta que fueran las dos y llamara Jordan.

Pero parecía que no se podía decir lo mismo de Little B. Mientras sus dos amigos estuvieron presentes, Paul le había visto tan distendido y jovial como siempre. Ahora que se habían ido, sin embargo, dejó caer los hombros, abatido, con un aspecto de lo más miserable.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —dijo Paul—. ¡Solo van a tirar la basura, Little B!

El rapero hizo una mueca.

—Eso no es tan así, pero si insistes…

—¡Vamos, hombre! ¿No has visto que han salido fuera, y que no había nadie? ¡No hay motivo de preocupación!

—A veces te envidio, Paul —murmuró Little B, con un suspiro sufriente.

Paul soltó una risita.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque tú no lo pasas mal por nada. Lo del coche, por ejemplo. ¿No te preocupa? ¿No te sientes encerrado sin él?

Paul se encogió de hombros.

—No. Jordan ha dicho que vendrá a recogernos.

—¿Y tú le has creído?

—¿Por qué no lo iba a hacer, a ver? Él es quien nos ha metido en esto, ¿no? Le corresponde venir a sacarnos.

Little B sacudió la cabeza y se limitó a contestar:

—Te envidio de verdad, grandullón. —Tomó aire profundamente y se irguió de nuevo, como con un esfuerzo, diciendo—: Venga, sí. Juguemos una partida. A ver si se me olvidan los malos rollos.

—¡Seguro que sí! —exclamó Paul.

Y se acercó a una de las sillas para instalarse en ella, más cerca del teléfono esta vez. Little B hizo la intención de hacer lo propio, pero en el último segundo, pareció caer en la cuenta de algo, porque soltó una pequeña exclamación y se detuvo en seco.

Paul le miró sin comprender, preguntando:

—¿Qué te pasa ahora?

Little B se encogió sobre sí mismo y miró a la ventana con grandes ojos de espanto.

—La cortina —murmuró—. Está descorrida.

—¿Y qué? —dijo Paul—. ¡Si no hay nadie!

—¿Seguro?

Little B estiró el cuello, que pareció crecerle y todo, largo como el de un avestruz, y se asomó con precaución a la ventana desde donde estaba, a dos pasos de ella. Paul se echó a reír.

—Little B, desde luego, eres un caso.

***

«Que se ría todo lo que quiera», pensó Little B. «Pero yo necesito cerciorarme de que de verdad no hay nadie, antes de pasar por aquí delante».

Estiró el cuello, pero no logró ver ninguna figura al otro lado.

—¿Qué? —le dijo Paul, aún sonriente, sentado en la que ayer fue su silla, con un codo apoyado en el espaldar—. ¿Hay alguien?

—No veo a nadie —murmuró Little B.

Estiró el cuello un poco más, y caminó de puntillas hacia el marco de la ventana. Se asomó otra vez, desde más cerca ahora. Paul volvió a reír.

—¿Alguna vez has pensado en dedicarte al teatro? —preguntó—. Porque se te da muy bien.

Little B no hizo ni caso. Estiró el cuello a un lado y al otro, pero lo único que consiguió ver fue el desolado jardincito, y el coche negro, brillando al sol.

«¡Qué dolor!», pensó. «Con lo entero que estaba anoche, tan bonito… Cuando pienso en cómo dicen que se lo han encontrado…».

—Little B, vamos… —apremió Paul suavemente.

—Un momento, ¿vale? Tú solo dame un momento, Paul —contestó Little B, algo molesto.

Necesitaba cerciorarse de que no había nadie, mucho y bien. Reggie había dejado las cortinas descorridas. No había dicho nada al respecto, pero Little B asumía que quería que se quedaran así. Vaya, sus tres compañeros debían quererlas así, porque ninguno de ellos había objetado nada. Estaban convencidos de que los intrusos se habían ido para no volver. En cambio, él…

«Yo no puedo soportar la idea de estar andando arriba y abajo, pasando por delante de esta ventana, sin estar seguro que no hay nadie al otro lado», se dijo. «Es muy fácil quedarse tranquilo cuando uno no ha visto nada. Pero yo sí he visto. Yo sé».

Sin embargo, por suerte para ellos, por mucho que estirase el cuello, no lograba ver a nadie por los alrededores, ni siquiera un transeúnte pasando por la acera.

«Nobody dice que este edificio desde fuera parece estar abandonado», recordó. «Tal vez sea por eso. Si no vive nadie aquí, ¿quién va a pasar?».

—¿Qué tal? —volvió a hablar Paul—. ¿Ha transcurrido ya tu minuto de inspección?

Little B suspiró, dejando caer los hombros. Parecía que le había tocado entretener al grandullón. No envidiaba el trabajo de Reggie, pero el suyo tampoco se quedaba atrás…

«A quien se le diga que me he convertido en la niñera del cantante de los Red Devils… Keith se reiría de mí. Y a Liam le daría un patatús», pensó.

—Sí —contestó, con santa paciencia. Se volvió hacia la otra silla y se instaló en ella, sacando la baraja de su bolsillo—. Echemos esa partida, anda.

—¡Estupendo! —sonrió Paul.

Little B tuvo que hacer un esfuerzo por retener otro suspiro. A ver cómo lo hacía para concentrarse en la partida. Después de haber tenido a Troy a dos pasos, como quien dice, y de haber oído el mensaje tan inquietante que había dejado para Reggie, ¿quién podía pensar en un simple juego, a ver?

Aunque… ¿Había tenido a Troy realmente a dos pasos? ¿Era Troy el tipo aquel de las patas largas? ¿O había sido solo un engaño de sus sentidos, o alguien que se le parecía, y por tanto pura coincidencia?

***

Little B empezó a mezclar las cartas entre sus manos, pensativo. Paul se quedó mirándole con curiosidad. Era extraño ver al rapero tan absorto. ¿Qué podría ocurrirle ahora? ¿Estaría rumiando todavía acerca de los intrusos aquellos? ¿O sería por lo del coche?

—Oye, Paul —dijo inesperadamente Little B, con voz suave, sin mirarle—. ¿Qué opinas del mensaje que le ha dicho Seth a Reggie?

Paul parpadeó, un poco sorprendido por la pregunta. Con toda sinceridad, contestó:

—No es demasiado explícito, así que no puedo opinar. Por lo menos, tenemos una hora a la que sabemos que Troy estará en casa.

—M-m —asintió Little B, aún sin mirarle.

—¿En qué piensas?

—En que es tan raro… La coincidencia de ver a un tipo que se parecía a él… Y decirnos Seth que no estaba en casa…

—Es imposible que Troy haya pasado por aquí delante. ¿Por qué iba a hacerlo, a ver?

—No lo sé. Ojalá supiéramos a dónde ha ido, para estar tranquilos del todo.

—Pues sí —asintió Paul.

En lo que a él respectaba, estaba más que tranquilo. Según tenía entendido, Troy vivía en Manhattan. Asumía que sus amigos también vivirían por allí. ¿Qué iba a hacer pululando por el sur del Bronx? Nada.

«Como dice Reggie, el único que sabe que estamos aquí es Jordan», pensó. «Y Jordan no se lo diría a Troy por nada en el mundo. Se le iría al garete toda la misión».

No obstante, prefirió guardar silencio. Little B era el único que había visto a los intrusos, y había pasado mucho miedo. Paul suponía que era normal que ahora tardase un rato en calmarse y en estar otra vez como siempre…

Pero Little B abrió la boca de nuevo para hablar. Y lo que dijo volvió a sorprender a Paul.

***

—Reggie está inquieto. ¿No lo has notado?

—¿Oh? Pues… No.

Little B levantó la vista hacia el grandullón. Este parecía sorprendido, como si no se hubiera esperado este cambio brusco en la conversación… O como si le hubiera impresionado que Little B hubiera sido capaz de detectar la inquietud en su compañero, y él no.

—Pues sí, lo está —continuó el rapero—. Nobody también se ha dado cuenta. Cree que le preocupan los ensayos.

—Puede. Reggie es muy perfeccionista con eso.

Little B asintió.

—De todas formas, yo sigo pensando que le da miedo tener que llamar a Troy otra vez —explicó—. Reggie lo pasa fatal con eso.

Empezó a repartir las cartas. Paul se incorporó en su silla y preguntó:

—¿A dónde quieres ir a parar, Little B?

Este se encogió de hombros.

—Me preocupa. Y me da pena que sufra. Ojalá hubiera un modo de ayudarle.

Paul pareció pensarlo un momento, antes de decir suavemente:

—Bueno, dejarle un rato a solas con Dan le ayuda. Les ayuda a los dos.

Little B volvió a asentir.

—Lo sé. ¿Por qué crees que les he dejado marchar? No me agrada, te lo digo. Esto es el Bronx, ¿lo captas? Pero mi colega decía que necesitaba hablar a solas con Reggie, y… Y sé que Reggie sentía lo mismo.

Poco a poco, una sonrisa de oreja a oreja apareció en la cara cuadrada de Paul.

—Te estás encariñando con él. Digas lo que digas, le aprecias.

—¿Cómo no le voy a apreciar? —rezongó Little B, con un bufido—. Le echa un par a las cosas, y es un jefe estupendo.

La sonrisa de Paul no disminuyó ni un ápice.

—Hay algo más —dijo.

Little B le miró con desconfianza, y el grandullón preguntó, moviendo las cejas:

—Como jefe, es estupendo. En eso estoy de acuerdo. Pero… ¿Y como cuñado?

Little B le dio un empujón en un brazo, sintiendo un brusco calor en la cara, mientras exclamaba, tratando de hacerse el ofendido:

—¡Como cuñado es el mejor que existe, hombre! ¿No lo ves? —Señaló con una mano hacia el pasillo—. ¿No ves cómo cuida de Nobody? ¿Puedo tener quejas de él? No, ¿verdad?

Paul se rió, y Little B se quedó pensando…

No podía tener quejas de Reggie, ni una sola. Pero sí las tenía de Nobody, en cierto sentido. Claro que esto se guardaría mucho de decirlo en voz alta…

Le preocupaba Dan. Estaba haciendo cosas que no había hecho nunca antes, y no era solo eso de encerrarse con su pareja en el baño, a plena luz del día… También estaba haciendo cosas mucho peores.

«Cuando se ofreció él para llamar a Troy en lugar de Reggie, creí que me daría algo», se dijo. «Jamás pensé que algún día le vería ofrecerse voluntario para hacer algo tan valiente… Ni tan imprudente».

Y Little B no sabía muy bien lo que sentir. Por una parte, sentía una curiosa mezcla de admiración y respeto, algo parecido a lo que sentía por MC Giant…

Por otra, sentía genuina preocupación. La valentía y la —a veces— temeridad de Reggie parecían estar contagiándose a su colega. ¿Y en qué iba a llegar a convertirse Dan? ¿Acabaría haciendo en algún momento algo realmente imprudente, que les acarreara el desastre a todos ellos?

Y además de todo eso, a nivel personal, tenía miedo. Se preguntaba si Dan cambiaría tanto y tan deprisa, que llegaría a volverse irreconocible para él. Se preguntaba si se aburriría de él, si llegado un momento, dejaría de ser su colega… Se preguntaba si poco a poco, hora a hora, estaría perdiendo a su mejor amigo para siempre. Little B quería que Dan pasara tiempo con Reggie. Los dos parecían muy enamorados, y pasar tiempo juntos parecía hacerles mucho bien, a ambos. Pero no podía dejar de preguntarse si cada minuto que su colega pasaba con Reggie, le estaría alejando de él más y más…

Dan Nobody era como un hermano para Little B. Le conocía mejor que nadie en el mundo, lo excusaba y lo comprendía todo, y ambos se compenetraban muy bien, en lo musical y en la vida diaria. A veces Little B había lamentado en secreto ser hetero, porque estaba seguro de que si hubiera sido gay, ellos dos habrían sido pareja desde hacía mucho tiempo. Y entonces sí que habría sido todo perfecto. Habrían permanecido unidos… Para siempre.

Pero no podía ser. Dan tenía otra pareja. Y aunque Little B se alegraba de corazón de que fuera Reggie —con lo mal que lo pasó su colega con el otro botarate, y lo enamorado que estaba Reggie en contraste, como para no alegrarse—, a la vez… Eso. A la vez tenía miedo.

Little B nunca había conocido a otra persona como Dan Nobody. Y no quería perderle.

Aunque… ¿Estaba perdiéndole realmente? ¿O eran solo imaginaciones suyas? Ah, eso solo el tiempo lo diría…

Capítulo 6

—¡Walter! ¡Qué alegría verte! —exclamó Keith, echándose a los brazos de su mánager.

—¡Lo mismo digo, chico! —contestó este, estrechándole contra sí como haría con uno de sus hijos.

Keith había salido del baño con mucho mejor aspecto que cuando entró. Traía el cabello húmedo, recién peinado, y su porte era sereno y dueño de sí. Le sonrió a Liam en cuanto se reunió con él en el salón, de nuevo, un gesto mucho más genuino que la sonrisa forzada que le dirigió antes de marcharse al servicio.

Liam sintió alegría en el corazón al verle mejor. Pero no tuvieron tiempo de hablar ni dos palabras, porque en seguida sonó el timbre de la puerta. Keith dio un salto formidable, y echó a correr hacia el recibidor, exclamando:

—¡Es Walter!

Ahora estaba allí, entre los brazos de su mánager. Liam se puso en pie y se acercó a ellos despacio, con una sonrisita dulce en los labios. Keith parecía un niño, al lado del imponente físico de Walter.

Este levantó la cabeza y pareció reparar en Liam. Le sonrió, abriendo uno de sus brazos en una clara invitación, y Liam se unió al abrazo, con una risita. Cerró los ojos para impregnarse de la sensación y del aroma del perfume de Walter, tan familiar y tan tranquilizador.

—Solo hace unos días que no nos vemos… —dijo, con la cara enterrada en la chaqueta del mánager—. Pero yo también me alegro de verte, Walter.

El recién llegado los apretó a los dos contra sí, uno con cada brazo, y no dijo nada…

Keith y Liam se apartaron casi al unísono, y Walter los dejó ir, mirándoles desde arriba con curiosidad.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? —preguntó—. ¿Por qué he tenido que enterarme por la prensa?

Liam miró a Keith, confuso. Fue este quien expresó el sentimiento por los dos, preguntando a su vez:

—¿A qué te refieres?

—¡A lo vuestro, hombre! ¿A qué iba a ser?

—¡Ah! Es que ocurrió ayer mismo, Walter.

—¿En el cine? ¿Os confesasteis en el cine?

Keith le dirigió a Liam una sonrisita, algo avergonzada, antes de contestar:

—No exactamente, pero casi.

Walter soltó una carcajada.

—¡Entonces todo se explica! —exclamó. Puso una mano en el hombro de Keith, y la otra en el de Liam, añadiendo—: Me alegro mucho, de verdad. Estáis hechos el uno para el otro. Ya era hora de que os dierais cuenta.

Liam le sonrió a Walter, sintiendo de nuevo el calor del sonrojo en las mejillas. Su mánager no se hacía una idea de cuánto bien les hacía oírle hablar así.

«Sobre todo a Keith, que todavía se siente inseguro», pensó.

Volvió la vista de nuevo hacia su compañero, y se dio cuenta de que este también estaba mirándole a él, una vez más. Sus ojos azules brillaban, y su sonrisa resplandecía.

—Bueno, chicos —dijo Walter—. ¿Os han llamado Paul o Reggie? ¿Han dado señales de vida?

Liam miró al mánager, mientras Keith contestaba:

—No. No ha llamado nadie.

Walter hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

—¿Qué le vamos a hacer? ¡Ya aparecerán! —Los miró a los dos con interés—. ¿Vosotros estáis listos ya? ¿Podemos irnos?

—¡Sí! —exclamó Keith—. ¡Un instante, que voy a por mi cartera y mis llaves!

Salió corriendo hacia las habitaciones. Liam aprovechó que estaba solo con Walter para murmurarle, con una mirada de complicidad:

—Está nervioso. Es la primera vez que va a visitar al Prodigio, Troy Anderson. Ya sabes lo importante que es eso para él.

Walter hizo un mohín, que le torció toda la cara y resultó casi cómico en alguien de su edad y de su envergadura.

—¡Como si él no fuera también un buen guitarrista…! —contestó, en voz baja a su vez.

Liam se encogió de hombros.

—Así es Keith, Walter. No podemos cambiarlo.

El mánager le sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes. Resaltaban mucho en su piel tan oscura y en su rostro redondo. Aquella sonrisa hacía sonreír a todo aquel que la viera…

Ah, pero ya venía Keith de regreso, guardando cosas en sus bolsillos, y diciendo:

—¡Ya estoy listo! ¡Cuando queráis! —Se detuvo junto a él y le preguntó—: ¿Tú necesitas coger algo, Liam?

Liam sacudió la cabeza. Walter bromeó:

—¡Pero bueno! Empezasteis ayer… ¿Y ya estáis viviendo juntos?

—¡Qué va! —exclamó Keith, y sus mejillas se tiñeron de un adorable sonrojo.

—No, pero casi, Walter —contestó Liam, por seguirle la broma al mánager—. Me he traído esta mañana casi media casa.

—¡Qué exagerado! —rezongó Keith, abriendo la puerta para salir—. Solo han sido dos bolsas de nada…

Walter se rió, saliendo tras ellos.

—¿Pretendes pasar la noche aquí, Liam? —quiso saber—. ¿En serio?

—Ya sabes lo nervioso que se pone Keith el día antes de nuestro concierto anual —respondió Liam, tratando de sonar despreocupado—. Con todo esto que ha pasado con William… Bueno, creo que a los dos nos vendrá bien un poco de compañía.

Walter asintió, ya serio. Si se había dado cuenta de que había algo más, no lo dijo, y Liam lo agradeció. El pobre Keith estaba rojo como un tomate, y sus manos temblaban mientras le echaba la llave a la puerta. No cabía duda de que le avergonzaba mucho hablar de su relación con su mánager. Era mejor si no daban más detalles de los necesarios.

Por su parte, Liam no lo llevaba tan mal como él mismo había creído en un principio. Durante esta mañana, a ratos, le había dado por pensar que se sentiría raro e incómodo en presencia de alguno de sus amigos o de personas de su entorno. Los comentarios, las preguntas, y en general la charla sobre ellos dos y su relación iban a ser inevitables, o eso creía él, y había temido y deseado a la vez que llegara el momento de verse en estas. Deseado porque quería decirle a todo el mundo que Keith era ahora su pareja. Temido porque Liam era un chico discreto, que no estaba acostumbrado en absoluto a ser el centro de atención.

Sin embargo, y para su propia sorpresa y alivio, no se sentía incómodo, sino bien. La aceptación de Walter y la naturalidad con la que hablaba del tema le daban confianza. El mánager sabía cuándo tenía que bromear y con qué cosas, y cuándo era mejor permanecer callado y no indagar demasiado. Una vez más, Liam se encontró pensando que era una gran suerte poder contar con él. Lo había sido siempre, pero sobre todo lo era en las actuales circunstancias.

Resultaba curioso comprobar que el extrovertido y pasional Keith fuera el que parecía avergonzado en toda esta ecuación. Pero a la vez, si se paraba a pensar en ello…

«Que yo sepa, Keith nunca ha tenido novio, con todas sus letras», se dijo. «Yo soy el primero. Y él también es un chico discreto, y no le gusta llamar la atención en esta clase de cosas…».

En verdad, Keith era un hombre con muchos secretos. Era amigo de mucha gente, pero no concedía con facilidad el regalo de su confianza. Por ejemplo, los tatuajes que llevaba tenían todos ellos un significado simbólico que pocos conocían. Por ejemplo, Liam sabía de buena tinta que solo le había contado a dos personas la verdad acerca de cuánto había ensayado en estas últimas semanas. Una de ellas fue Jordan. El otro había sido él mismo.

El bajista se puso serio mientras los tres se dirigían al ascensor. Miró a la nuca de Keith, que caminaba delante de él. Ahora ellos dos compartían otro secreto, uno que no podían revelarle a nadie, ni siquiera a Walter: la sospecha soterrada de que Jordan pudiera ser el autor del secuestro de William. O si no el autor verdadero, al menos sí el cabeza pensante de toda la operación. Y algo más, igual de aterrador: la posibilidad —muy probable, por cierto—, de que hubiera convencido a Paul y a Reggie para que lo hicieran…

«Pero, ¿y si estamos equivocados?», se preguntó, una vez más. «¿Qué clase de amigos seríamos? Es mejor no hablar de esto con nadie, hasta que todo esté aclarado».

Keith entró el primero en el ascensor, seguido de Liam, que se situó a su lado, y luego de Walter. Liam aprovechó que el mánager estaba de espaldas a ellos, pulsando el botón para bajar, y agarró con disimulo una mano de Keith en la suya. La metió a su espalda, y la apretó con ternura.

Keith le dirigió una mirada de complicidad, y Liam hizo un pequeño gesto de asentimiento, para tratar de tranquilizarlo, diciéndole sin palabras que todo iba a estar bien. Keith debió comprender el mensaje, porque apretó su mano a su vez.

El ascensor se puso en marcha, y Walter se volvió hacia ellos.

—¿Me dijisteis que habíais hablado con Seth? —preguntó, como para confirmar.

—Sí —contestó Keith.

—¿Troy no estaba?

—Seth me dijo que había salido. Estaba buscando pruebas que pudieran ayudar a la policía.

Walter pareció algo sorprendido, pero se limitó a decir:

—Bueno, a ver qué nos encontramos.

La mano de Keith continuaba apretando la de Liam, como si fuera lo único que le quedara en el mundo. El bajista notó su palma húmeda de sudor, y pensó: «Está nervioso, no me

engañaba. ¡Pobrecito! Qué mañana tan mala lleva, ay…».

—¿Sabes, Walter? —comenzó, en tono de conversación, en parte por romper el silencio, antes de que se volviera incómodo, y en parte por expresar una de sus genuinas preocupaciones.

El mánager le miró con curiosidad, y Liam continuó:

—Esta va a ser nuestra primera vez representando a los Red Devils en un asunto importante, y estamos un poco nerviosos. ¿Verdad que no vas a dejarnos solos?

Walter hizo una mueca de extrañeza.

—¿Por qué iba a hacer eso? Los tres somos representantes de los Red Devils, muchacho. Seremos una piña hasta que os deje de nuevo en vuestras…

Se interrumpió. Pareció recordar algo, porque sonrió, otra sonrisa de esas blanquísimas de las suyas, y rectificó, señalando arriba con un grueso pulgar:

—En casa de Keith.

Le dio una palmadita afectuosa en el hombro al guitarrista, y luego se volvió hacia la salida. El ascensor acababa de detenerse, y las puertas ya se estaban abriendo.

Keith y Liam salieron casi a la vez, cogidos de la mano. En el momento de apretujarse para cruzar el umbral, Keith le murmuró al oído:

—Bendito seas, Liam.

El bajista le sonrió con ternura, apretando su mano en la suya. No tenía ni idea de por qué lo había dicho, y tampoco era la ocasión de preguntarlo. Pero sí supo que algo de lo que había hecho o dicho en los últimos minutos había ayudado a Keith de alguna manera, y eso le reconfortó. A él también le había ayudado saber que Walter estaba dispuesto a hacer una piña con ellos, así que suponía que estaban en paz.

—¿Chicos? ¿Vamos? —dijo Walter, volviéndose para mirarles.

Keith apretó el paso para reunirse con él, y Liam le siguió. No se le pasó por alto la mirada del mánager. Sus ojos negros lo veían todo, y en el momento de volverse hacia ellos, habían captado el detalle de que iban cogidos de la mano. No dijo nada, sin embargo, e hizo como si no lo hubiera visto. O mejor aún, como si no tuviera importancia…

Una vez más, no tenían que temer bromitas de mal gusto ni comentarios desafortunados por parte de Walter. ¡Y qué alivio!

—¿Dónde tienes el coche, Walter? —preguntó Keith, en cuanto llegaron a su lado.

—Aquí mismo. —El mánager señaló a la calle con una mano, a través de la puerta de cristal del edificio—. A poca distancia del de Liam.

El bajista soltó una risita sorprendida.

—¿Has reconocido mi coche? —dijo—. ¿En serio?

—¡Por supuesto! —respondió Walter.

Los tres salieron a la calle, y el mánager se situó a su lado. Pasó un brazo por sus hombros, mirándole desde su elevada estatura de modo tierno y un poco protector, y dijo:

—Sois mis chicos, Liam. Los cinco. Reconozco vuestros coches, sé leer en el tono de vuestras voces… —Se rió entre dientes, y bromeó—: Mi mujer dice que os conozco mejor que a mis propios hijos, porque paso más tiempo con vosotros que con ellos…

—¿Y eso te pesa, Walter? —preguntó Liam, ya serio.

Por primera vez, se le ocurrió plantearse que era verdad que su mánager tenía poca vida privada. Siempre estaba con ellos, o en la discográfica, u ocupándose de la prensa. A veces Liam había tenido la sensación de que los Red Devils se mantenían en la cresta de la ola, a pesar de sus diferencias y del paso del tiempo, en parte por la creatividad de Jordan, que no paraba de componer canciones, en parte por su fama en la prensa rosa… Y en gran medida también por el trabajo constante que hacía Walter entre bambalinas.

El mánager hizo un gesto con la mano libre, como para apartar una mosca molesta, y contestó:

—Oh, no se le puede hacer caso a todo lo que diga Lina. Es una vieja gallina clueca, que no se da cuenta de que sus polluelos ya han salido del nido. Mis hijos solo quieren hacer sus vidas, entrar y salir, y que les dejemos en paz. Y así debe ser. Están en toda la edad. —Sacudió la cabeza—. No… Mi vida son los Red Devils. Y en el fondo, por mucho que cacaree, Lina lo sabe… ¡Ah, ya estamos aquí, chicos!

Liam se volvió hacia la acera. En efecto, allí estaba el coche de Walter, un vehículo grande, largo, del mismo color azul oscuro que la mayoría de sus trajes. El mánager dejó ir al bajista, y le dio la vuelta al coche, con sorprendente celeridad, dada su envergadura, para ir a abrir su portezuela. En el último momento, pareció caer en la cuenta de algo, porque levantó la cabeza y les dijo:

—Será mejor que decidáis quién va a sentarse delante. Me temo que vais con vuestro mánager, chicos, no en un taxi.

Liam soltó una risita. Keith apretó su mano y murmuró:

—Yo iré delante. Creo que tengo una idea de dónde vive Troy.

—Está bien —repuso Liam.

Keith dejó ir su mano, pero apretó su brazo con ternura durante un instante, mirándole a los ojos de modo serio e intenso. «Aunque no puedas sentir mi piel, estoy contigo», parecía decir

aquella mirada. «No voy a dejar que te olvides de quiénes somos ahora».

Liam esbozó una sonrisita dulce. Acarició la mejilla de Keith y se estiró para darle un besito fugaz en los labios, a modo de agradecimiento. Luego se movió deprisa para ir a instalarse en el asiento de atrás.

Acababa de sentarse y de cerrar su portezuela, y Keith estaba haciendo lo propio delante, cuando se dio cuenta de que Walter ya había arrancado el motor, y que estaba poniéndose el cinturón de seguridad. Era tan alto, que su asiento estaba echado hacia atrás, para que pudiera meter sus largas piernas en el hueco del conductor. Dicho asiento crujía con cada movimiento del mánager, como si se quejara por tener que soportar tanto peso.

Liam decidió quedarse detrás de Keith. No le apetecía acabar convertido en un bocadillo entre el asiento de Walter y el suyo propio. Además, desde aquí podía verles las caras a los dos, la de Walter de perfil, y la de Keith en el espejo retrovisor.

Se le ocurrió pensar que era la primera vez que iban los dos solos a alguna parte con su mánager, y en el coche de este. Le faltó Jordan, sentado a su lado, dándoles conversación con su simpatía y su buen humor habituales. Le faltó enormemente.

«¿Le echarán de menos ellos también?», se preguntó.

Pero prefirió no decir nada. Algunas cosas era mejor dejarlas estar, y no correr el riesgo de levantar ampollas —o sospechas— hablando sobre ellas.

Además, tenía algo más importante que decirle a Walter. Algo que no estaba seguro de haberle dicho nunca, a pesar del tiempo que hacía que se conocían…

—¿Sabes, Walter? —comenzó—. No sé si mis compañeros te lo han dicho alguna vez. Pero nosotros creemos que hemos tenido mucha suerte conociéndote, y teniendo la ocasión de trabajar contigo.

El mánager se volvió para mirarle por encima de su hombro. Le sonrió y dijo:

—¡Yo siento lo mismo, chico! —Después miró a Keith—. Bueno, Keith, haz el favor, indícame cómo salir de esta avenida. Y luego llévanos a casa de Troy, muchacho. Algo me dice que sabes dónde vive mejor que yo.

Liam soltó otra risita. Algo le decía a él que Walter no se equivocaba…

Capítulo 7

Mientras Keith le daba instrucciones a Walter, Troy se dedicaba a dar ansiosos paseos arriba y abajo por delante de la puerta de la comisaría. Estaba impaciente. Habían llegado hacía unos minutos, y no había ni rastro de Hudson. ¿Acaso Seth no había logrado hablar con él? ¿Habría salido algo mal? ¿Habría surgido un imprevisto?

—Me pregunto si he debido llamarle yo desde la cabina —rumió en voz baja.

Austin debió oírle, porque contestó:

—Podemos confiar en Seth, jefe.

—No estoy desconfiando de él, Austin. Pero Hudson pudo haber salido a un recado en aquel momento, y no haber recibido el mensaje. Si le hubiera llamado yo, lo sabríamos.

Austin hizo una pequeña mueca, y no dijo nada. En cuanto a Frank, permanecía de pie a su lado, fumando un cigarro y mirando a la calle con rostro inexpresivo.

El sol estaba ya en el cénit, pero esta fachada del edificio quedaba en sombras. Los tres jóvenes se habían apostado al final de la escalinata gris que conducía a la puerta de entrada, arriba del todo, en una especie de descansillo que había antes de entrar. En parte lo habían hecho para huir del sol, que a esta hora caía a plomo sobre las aceras, y en parte para poder ver desde arriba a todo el que se acercara, por si acaso se tratase del abogado. Pero llevaban allí varios minutos, y no había ni rastro de él. Troy emprendió otro paseo por el descansillo.

Tenía prisa por hablar con Fidgerald y por regresar a casa. No tenía ni idea de lo que iba a decirles el detective. La noticia que le traían era excelente, pero ahora que se veía aquí, Troy empezaba a tener dudas.

Fidgerald se creía que lo sabía todo, solo por ser mayor que él y ostentar el cargo de teniente de la policía. ¿Qué reacción iba a tener cuando le contaran lo del coche? ¿Les creería? ¿O les mandaría a paseo, diciendo que estaban locos o borrachos? Viendo cómo le había tratado en sus anteriores encuentros, Troy creía que hacía bien en estar preparado para cualquier cosa…

En todo caso, y suponiendo que les creyera, lo mejor que podía pasar era que se pusiera a trabajar con el coche en seguida, para encontrar todas las pistas que pudieran sobre el paradero de William. Eso por sí solo era también un motivo de peso para tener prisa por hablar con él. Cuanto antes lo hiciera, antes iría Fidgerald a por el coche, y antes tendría nuevas pistas.

Y luego estaba el secuestrador en sí. Hacía ya muchas horas que Troy habló con él; eso ocurrió ayer por la noche. Era muy probable que volviera a llamar hoy. Cuando habló con Seth, este le dijo que aún no lo había hecho, y eso tranquilizó a Troy, en parte. Pero con cada minuto que pasaba, la probabilidad de que ese tipo llamara a casa se hacía más y más grande. Y Troy quería estar allí cuando por fin lo hiciera.

Oh, por supuesto que había previsto que su visita a Fidgerald le ocuparía algún tiempo. Y le había dejado a Seth un mensaje para el secuestrador, por si las moscas. Pero no obstante, si podía estar en casa cuando llamara ese tipo, mejor que mejor.

—¡Ah! ¡Ahí viene Hudson, jefe! —exclamó Austin.

Troy detuvo sus paseos y se volvió hacia la escalera. En efecto, el abogado venía caminando deprisa por la acera. Llegó a la base de la escalera, y empezó a subir, con el rostro serio y una abultada carpeta de cuero marrón debajo del brazo.

Troy miró a Frank, extrañado. Normalmente era el primero en ver las cosas y la gente, mucho antes que ellos. ¿Por qué en esta ocasión no había sido así?

—¿No has visto a Hudson? —le preguntó.

Frank le sostuvo la mirada sin parpadear. Asintió, tirando su colilla al suelo, y la pisó con un pie, diciendo simplemente:

—Yo he sido el que ha avisado a Austin.

—¿Y por qué a mí no?

Frank esbozó una pequeña sonrisita bromista.

—¿Para qué? No corrías peligro —respondió. Se puso serio e hizo una seña con la cabeza en dirección a su espalda, añadiendo—: Ya está aquí.

Troy se volvió de nuevo. El abogado estaba subiendo el último escalón, un poco sin aliento, y al fin se reunió con ellos.

—He hablado con Seth —les dijo sin más preámbulo, tenso y alerta—. ¿Decís que tenéis el coche?

—Eso creemos, sí —contestó Troy—. Está desvalijado, pero es el mismo modelo. Y Frank ha reconocido la matrícula.

Hudson le dirigió una mirada a Frank y a Austin, acompañada de un pequeño gesto de saludo con la cabeza. Miró luego a la puerta de la comisaría. Era ancha, de cristal. No había nadie en aquel momento en el exterior, pero al otro lado se podía ver a un policía. Su placa metálica relucía en su pecho cuando se movía arriba y abajo.

—¿Habéis hecho algo? —preguntó, volviendo de nuevo su atención a Troy.

Este negó y respondió:

—Aún nada. Le estábamos esperando.

Hudson asintió. Frank intervino:

—Ni siquiera hemos tocado el coche, señor, para no dejar nuestras huellas. Nos hemos limitado a mirarlo.

—Bien —asintió de nuevo Hudson—. Muy bien. Contadme. ¿Cómo lo habéis encontrado? ¿Dónde?

Troy explicó, en pocas palabras y a grandes rasgos, lo mismo que les había dicho a sus amigos mientras venían hacia aquí en el coche de Frank. Se sentía un poco nervioso. Sabía que no era la verdad completa, pero esta no podía decirla. Tenía que proteger a Ralph y a Sam a toda costa. Y también a ellos mismos, y a su intento fallido de asalto al Averno de anoche. Pero a sus ojos, toda verdad a medias era una mentira. Y Hudson era un hombre de mucho mundo. ¿Se daría cuenta de algo? ¿Se enfadaría?

Troy no quería enemistarse con el abogado bajo ningún concepto. Le apreciaba de veras, y además les estaba ayudando mucho. Pero era mayor que ellos, y solo por eso, actuaba como si estuviera en posesión de la verdad absoluta, igual que les pasaba a Fidgerald y a Max. Y Troy no dudaba de que los tres supieran más que él de algunas cosas. No en vano tenían más experiencia. Pero sentía que ninguno de los tres le creía realmente. Pensaban que sospechaba de Jordan por pura envidia o rivalidad profesional, que le odiaba sin motivo, de modo visceral, y que le podían sus emociones, y mezclaba su odio personal con el asunto de William.

Hudson no lo decía así de abiertamente, desde luego. Era muy prudente y diplomático. Pero a Troy no le cabía duda de que lo pensaba. Lo había captado en ciertos detalles y en pequeñas cosas, que el otro hombre había dejado caer de vez en cuando.

En el fondo, le dolía tener que andar con medias verdades y dando versiones de las cosas, pero lo hacía porque sentía que no tenía otra opción. No podía cambiarlos, a ninguno de ellos. Ni podía cambiar el concepto que tenían de él, ni podía hacer que le comprendieran, ni que le tomaran en serio. Así que se adaptaba a las circunstancias lo mejor que podía, y trataba de darles lo que querían, a la vez que procuraba lo mejor para William.

Pero si era sincero consigo mismo, Troy tenía que reconocer que toda esta situación le hacía sentir muy solo, frustrado y triste. Sus amigos le creían, y Frank también, lo cual no era poco. Incluso le acompañaban a los sitios, algo que Troy agradecía de todo corazón, porque este asunto estaba empezando a hacerle sentir pequeño y sobrepasado…

Pero todo habría sido mucho más fácil si desde el principio hubieran podido contar también con el apoyo de «los adultos», como llamaba en su fuero interno a los otros tres hombres. Cada uno de los tres, desde cierto punto de vista, estaba en posición de poder, que era precisamente lo único que Troy no tenía. No tenía poder para encontrar a William, como Fidgerald, ni para ir con la ley en la mano a los sitios, como Hudson, ni para manejarse con la prensa y la discográfica y hacer fuerza desde allí, como Max. Troy no tenía nada. Solo lo que sentía por William, y por Jordan, y la voluntad férrea de encontrar a su novio, llevarlo a casa sano y salvo, y hacer que Grant pagara su fechoría. A sus ojos, tener solo esto era lo mismo que no tener nada.

Sí, Troy se sentía muy impotente. Pero hizo lo que pudo por no dejarlo ver delante de Hudson, y por hablar en tono decidido y seguro de sí. No quería aparentar debilidad, delante de ninguno de los tres adultos. Si lo hiciera, perdería del todo la poca credibilidad que aún tenía con

ellos. ¿Y qué sería de William?

Por suerte para él, Hudson no dio muestras de desconfiar de él, ni de su versión. Troy observó con atención sus ojos azules mientras hablaba, y pudo comprobar con alivio que su sorpresa era genuina.

—¡Vaya! —exclamó el abogado—. Ha sido una feliz coincidencia, entonces. Mejor así. —Les hizo una seña hacia la puerta, satisfecho—. ¡Vamos! Cuanto antes hablemos con Fidgerald, antes se pondrán a trabajar sobre ello.

Troy asintió. Qué alegría ver que estaban de acuerdo en esto…

El abogado entró primero y habló unas palabras con el agente que estaba junto al arco de seguridad. Troy y sus dos amigos entraron tras él y se quedaron respetuosamente de pie, junto a la puerta.

Austin se inclinó un poco hacia delante y le cuchicheó cerca del oído:

—Parece que lo ha creído sin problemas.

Troy asintió, sin mirarle, con la atención centrada en Hudson, que continuaba hablando con el policía. Empezaba a sentir el hormigueo de los nervios en el estómago.

—A ver qué hace Fidgerald —respondió.

De pronto, tuvo una idea, y el mejor momento para decírsela a sus amigos era este. Después ya no tendría ocasión. De modo que se volvió hacia ellos, y los miró a los ojos, primero a uno y luego al otro, mientras decía en voz baja:

—Dejemos que sea Hudson quien hable con él. Será lo más prudente. Respondamos solo a lo que se nos pregunte, ¿de acuerdo?

Frank asintió con decisión, serio y alerta. Por su parte, Austin hizo un ruidito de conformidad, pero nada más. Estaba serio, y sus ojos oscuros miraban a Troy con expresión inquieta.

«Es el único de nosotros que aún no conoce a Fidgerald», pensó el guitarrista. «De hecho, creo que es la primera vez que Austin pisa este lugar. Hasta ahora siempre se ha quedado en casa con Seth».

Y en esta ocasión, Troy agradecía que él también hubiera venido. Se sentía a salvo con Frank a su lado. Pero Austin le daba además un algo diferente: la familiaridad, la confianza y la camaradería propias de un buen amigo. Esta excursión al Bronx y ahora esto… Todo lo que había ocurrido esta mañana… Nada de eso habría sido lo mismo sin él.

—¿Chicos? —habló la voz de Hudson. Troy se sobresaltó y se volvió hacia él. El abogado les hizo una seña para que se acercaran—. Podemos pasar.

Austin soltó un pequeño suspiro disimulado, de pura ansiedad, y se acercó a Hudson. Siguiendo las instrucciones del agente, pasó por debajo del arco. Frank y Troy le siguieron.

—Le he preguntado si ha venido algún periodista a investigar, y en confianza me ha dicho que no —les murmuró Hudson, mientras los cuatro se internaban en un pasillo—. Parece que el jefe de prensa de la discográfica está haciendo bien su trabajo.

Les sonrió con complicidad. Troy asintió y se limitó a responder:

—Es bueno saberlo.

Y en su fuero interno, pensó: «Bendito Jeff. Tenemos que darle las gracias. Aunque me pregunto qué está ganando la discográfica con todo esto. Imagino que mucho dinero…».

La realidad era que no había pensado en eso en ningún momento. Había tenido otras muchas cosas en la cabeza, que le parecían más importantes desde un punto de vista práctico, y más inmediatas. Pero ahora que Hudson lo había dicho…

Si Jeff se estaba ocupando de mantener a la prensa a raya, no estaba haciendo más que su trabajo, en verdad. Cobraba por ello, y mucho. Y la discográfica cobraba también por cada información que daba, por cada exclusiva, por cada entrevista… Dinero que los Dragon Riders no veían.

Eso sí, para Troy era un alivio no tener que encontrarse con una nube de periodistas a cada paso. Con los nervios en montaña rusa como los tenía desde ayer, no sabía muy bien cómo habría manejado él ese particular problema. Así que en este sentido, se sentía un poco en deuda con Jeff. No le importaba el dinero, con tal de tener tranquilidad, de poder entrar y salir sin estar perseguido a todas horas, y de no tener la presión añadida de dar explicaciones a la prensa cada minuto. Prensa que por cierto, estaba en contacto con los fans, en última instancia. Vaya, que lo que Troy dijera a la prensa, iba a repercutir en los fans. Y ellos le importaban, mucho. Era mejor que otra persona más serena y estable que él se ocupara de informarles de lo que iba pasando. Y Jeff, por su carácter, posición, edad y experiencia, era el más adecuado para esto.

«Y eso que también es un adulto», se dijo Troy. «Sin embargo, nunca he tenido problemas con él. De hecho, ni siquiera me acordaba de que está ahí, porque se limita a hacer su trabajo, y a hacerlo bien. ¿Lo ves? No es tan difícil ser razonable, caramba».

Llegaron a una amplia sala, de techos altos, con grandes ventiladores aquí y allá, donde Troy sabía que tenía su mesa el tal Fidgerald. Para alguien de la calle que entrase aquí por primera vez, el lugar parecía un laberinto de mesas, ordenadores y mamparas por todas partes. Daba más la impresión de ser la oficia de un periódico, que una comisaría de policía.

Troy dejó que Hudson caminara delante, y se limitó a seguirle, sin perder de vista su alta figura y su cabello blanco. Austin se situó al lado del abogado, con las manos en los bolsillos de la cazadora. A Troy se le ocurrió pensar que a lo mejor su presencia le hacía sentir protegido, de algún modo. Lo dejó hacer en silencio. En realidad entendía que Austin estuviera nervioso, porque él mismo también lo estaba. El hormigueo de su estómago cada vez iba a más. Hudson parecía haber creído su versión sin cuestionarla, pero… ¿Lo haría Fidgerald?

Se dio cuenta de que Frank caminaba a su lado, y volvió la vista hacia él. Sus ojos se encontraron con los del guardaespaldas.

—¿Crees que Fidgerald desconfiará? —le murmuró.

Frank negó.

—Solo les interesa el coche, nada más —contestó, también en voz baja—. Ten fe. Estamos a salvo.

Troy tomó aire profundamente y lo soltó poco a poco, mirando de nuevo a Hudson. Una vez más, agradeció la presencia de Frank. Él también conocía al teniente, y había tenido que lidiar con él. Además, tenía más experiencia en este tipo de cosas. Si Frank decía que todo iría bien, Troy le creía.

Se dio cuenta de que estaban acercándose a una de las paredes de la inmensa sala. Había una habitación, hecha de material prefabricado, a su derecha, y a la izquierda una gran columna cuadrada. Entre una y otra había una ventana y una mesa. Troy sintió que se le aceleraba el corazón. Era la mesa de Fidgerald.

Hudson se detuvo ante ella, y Austin se quedó un paso por detrás. Troy se situó a su lado, mientras el abogado decía:

—Buenas tardes, teniente. Venimos a traerle novedades.

—Buenas tardes, Hudson —contestó la voz gruñona y ronca del teniente—. Sí, ya lo sé. El agente que está en la puerta acaba de llamarme para decírmelo.

Se interrumpió, y Troy no supo por qué hasta que Hudson se movió a un lado para retirarse de delante de la mesa. Entonces pudo ver realmente a Fidgerald, frente a frente.

Estaba sentado en su silla, con los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza hundida entre los hombros, y un cigarrillo medio consumido entre dos dedos. Sus ojos oscuros relucían por detrás de sus gruesas gafas de pasta marrón. Estaba despeinado, tenía barbita, y tenía el primer botón de la camisa abierto, con la corbata bastante holgada en el cuello. Llevaba las mangas arremangadas hasta los codos. Parecía una pena de persona, más un vagabundo que un policía. Pero la mirada de sus ojos era inteligente y escrutadora. Los observó uno a uno, y en cuanto captó la mirada de Troy, ya no la soltó.

—¿Tenéis el coche? —le dijo, serio e impenetrable—. ¿Es de verdad?

—Creemos que sí, señor —contestó Troy—. Es el mismo modelo, y Frank ha reconocido la matrícula.

—Esa placa de matrícula no consta en nuestras bases de datos —dijo el teniente, dirigiéndole una mirada fugaz al guardaespaldas.

Frank se irguió y se limitó a responder:

—Sin embargo, el coche que acabamos de ver tiene la misma que yo vi ayer, señor.

El detective le estudió durante unos instantes, como si estuviera tratando de leerle la mente. Troy se dio cuenta de que la mesa estaba tan llena de papeles, y en tan aparente desorden como las otras veces que había venido. En el cenicero que había en una esquina de la misma, pudo observar que había ya una pequeña montaña de colillas.

También se dio cuenta de que no había por ninguna parte fotos enmarcadas del teniente con mujer e hijos, ni siquiera la de una mascota. Por primera vez, se le ocurrió preguntarse si Fidgerald tenía familia o vida privada, y si tenía un hogar al que volver…

Y, mirando al rostro cetrino del otro hombre y su barbita de dos días, muy similar a la suya, se preguntó también si el teniente había ido a su casa en algún momento desde ayer. Si se había aseado, si había comido, si había dormido… O si estaba como él, trabajando a contra reloj para encontrar a William, dando palos de ciego en el vacío. El pensamiento le hizo sentir un curioso calorcito en el pecho. Tal vez no fueran tan distintos, Fidgerald y él, después de todo…

Al fin, el teniente pareció satisfecho con su inspección, porque soltó la presa y dejó de observarles. Se echó un poco hacia atrás en su silla, y señaló con una mano los dos asientos vacíos que había al otro lado de su mesa, diciendo:

—Por favor, pónganse cómodos. —Miró de nuevo a Troy de modo penetrante, al concluir —: Quiero saberlo todo.

Troy tragó saliva. Se instaló obedientemente en una de las sillas, y Frank en la otra. Sintió que Hudson ponía una mano sobre uno de sus hombros, tranquilizador, pero el gesto no le hizo sentir mucho mejor.

Fidgerald quería hablar con Frank y él, no con Hudson. A la porra su idea de dejar hacer al abogado y tratar de mantenerse al margen. Tenía que enfrentarse al teniente cara a cara, y sufrir de lleno su reacción, fuera la que fuese.

Mientras estaba allí, preguntándose por dónde empezar, se le ocurrió pensar que pudiera ser que Fidgerald y él se pareciesen, pero ahora que estaba sentado frente a él, y lo tenía más cerca, ya no tenía esa sensación. Este hombre era un cazador, un viejo perro de presa que lo estudiaba todo, cada gesto suyo, y cada palabra. Sus ojos eran desconfiados y escrutadores desde detrás de sus gruesas gafas. Un secreto instinto le advirtió que tenía que tener cuidado con él.

«A este no podemos engañarle», pensó.

Y a la vez… ¡Tenían que contarle lo mismo que a Hudson! ¡Ahora no podía ni quería desdecirse!

«A ver cómo salgo de esta», se dijo. «Y en el nombre de Dios, ¿qué he hecho tan mal para que este hombre no me trague desde el primer día? No tiene pinta de gustarle el rock. ¿Será por eso?».

No tenía ni idea, y por supuesto, tampoco podía preguntarle. Troy suspiró con disimulo,

cada vez más nervioso. Deseó de corazón que les hubiera tocado un detective más colaborador y más amable, y que las cosas fueran diferentes.

Pero no lo eran. Y Fidgerald era la única persona que tenía alguna posibilidad de encontrar a William. De modo que, con un último pensamiento —«¡Por Will!»—, Troy se armó de valor, tomó aire profundamente y empezó a hablar…

Capítulo 8

Entretanto, Seth se encontraba en la cocina del apartamento, guardando los productos de limpieza. Acababa de terminar su tarea, y en su humilde opinión, la casa no le había quedado mal del todo. Sentía que el esfuerzo había merecido la pena.

Además, se sentía más tranquilo. El teléfono no había vuelto a sonar desde que llamó el secuestrador, gracias a Dios, por lo que había tenido un ratito para serenarse, centrarse en otra cosa, y reflexionar en paz.

Después de pensar en ello, había llegado a la conclusión de que la mañana tampoco se le había dado nada mal, a pesar de los nervios y de lo estresado que había estado. Era solo mediodía, y ya le habían llamado todas las personas que estaban siendo clave en estos días, incluidos dos Red Devils. Y también había recibido la llamada más temible de todas, la del propio secuestrador. Seth se había bandeado bastante bien con todos ellos. Había hablado con el malvado que tenía prisionero a William, y había sobrevivido. ¿Qué más podía ocurrirle hoy, a ver?

«Nada», se dijo. «Ahora solo me queda sentarme tranquilamente, a esperar a que vengan mis amigos».

Mientras limpiaba, el recogido se le había deshecho un poco, y los lisos mechones de delante habían empezado a caerle por la cara y los ojos. Se entretuvo un instante en recogerse de nuevo la coleta, peinándose el cabello hacia atrás con los dedos, a la vez que le dirigía otra ojeada al reloj de la cocina. Se sorprendió al comprobar que solo habían pasado unos minutos desde que lo miró por última vez.

«Pues sí que se me ha dado bien, sí», pensó. «He tardado un tiempo récord en pasar la fregona».

Claro que sin Austin caminando arriba y abajo sobre el suelo mojado con sus botas de suela ancha, y sin William ensuciando el baño apenas había terminado de limpiarlo, era más fácil que a uno le cundiera el trabajo. Seth apreciaba de veras a sus amigos, pero para algunas cosas eran un desastre.

«Y eso que cuando nos vinimos a vivir aquí, acordamos que los cuatro nos ocuparíamos de la limpieza…», recordó.

Pero aún así, unos se aplicaban más a la tarea que otros. O por decirlo de otra manera, Troy y él se ocupaban más de recoger, limpiar y ordenar, y Austin y William se ocupaban más de desordenar y de ensuciar. En fin, era la vida…

En todo caso, su trabajo se había terminado por hoy, y ya solo le quedaba sentarse en el salón, a esperar a que llegaran sus amigos. Seth se preguntó qué haría mientras esperaba. ¿Ensayaría un par de cosillas con su bajo para el concierto de mañana?

«Como llegue Troy y me vea ensayando, es capaz de saltarme al cuello, y no para abrazarme», se dijo. «Y lo comprendo. Con lo quisquilloso que se pone con los ensayos el día antes de un concierto…Llegar a casa, y ver que yo he tenido tiempo de ensayar, mientras que él ha pasado la mañana dando vueltas, va a sentarle como una patada en la barriga».

Aunque pensándolo mejor, quizás no se enfadaba, sino que le daba una alegría, porque al menos, uno de los cuatro Dragon Riders habría tenido tiempo de ensayar en el día de hoy…

Esto último lo decidió. Y se disponía a ir a por su instrumento, cuando le sobresaltó de pronto el timbre de la puerta.

***

Max también se sentía hoy de lo más satisfecho. La mañana de trabajo se le había dado muy bien, le había cundido mucho. Y por si eso fuera poco, justo antes de salir de su despacho, le había llamado Jeff, el jefe de marketing de la discográfica, para darle una noticia estupenda…

Max estaba deseando compartirla con los Dragon Riders, que por cierto, no le cabía ninguna duda de que a esta hora debían estar los tres en su apartamento, con su guardaespaldas, a la espera de recibir noticias de William…

Pero ya hacía unos segundos que había llamado a la puerta de dicho apartamento, y aquí no había venido nadie a abrirle.

Frunció el ceño, extrañado. Lo último que sabía de ellos fue cuando habló por teléfono con Seth esta mañana. El bajista le dijo que sus amigos habían salido a comprar unas cosas y a dar una vuelta, y Max le recordó que vendría al mediodía, para ver cómo iba todo, y para contarse novedades mutuamente.

¿Por qué no le abrían? ¿Habría ocurrido algún imprevisto? Un poco inquieto, el mánager pulsó el timbre otra vez.

***

El maldito timbre volvió a sonar, y Seth se sobresaltó de nuevo. Estaba en la cocina todavía, a pocos pasos de la puerta, y se apretaba el pecho con una mano, porque el corazón parecía querer salírsele del cuerpo por el susto.

«¿Quién será a estas horas?», se preguntó. «No pueden ser los chicos, porque llevan llave. ¿Entonces…?».

De algún lugar de su mente, le vino la descabellada idea de que podría tratarse de la vecina del quinto, que viniera a preguntarle, o bien por la marca de champú que usaba, o bien

directamente por cómo le había ido la mañana, y si le había hecho efecto la magia negra que le había estado haciendo. Si era esto último, Seth estaba decidido a darle un empujoncito escaleras abajo a esa mala bicha. Le parecía que se lo había ganado.

En todo caso, a estas alturas de la mañana, no había contado en absoluto con la posibilidad de recibir visitas inesperadas. Era un fastidio añadido a la omnipresente responsabilidad del teléfono, que no podía dar por terminada aún, puesto que seguía siendo el único Dragon Rider que había en casa…

«Parece que la pesadilla no se ha acabado todavía, después de todo», se dijo, haciendo acopio de valor para enfrentar esta nueva amenaza lo mejor posible.

Tomó aire profundamente y, caminando a grandes zancadas, cubrió la distancia que le separaba de la puerta.

«Lo más probable es que solo sea alguien vendiendo aspiradoras», pensó.

Y se le ocurrió que tal vez le invitara a pasar, para que le hiciera compañía durante un rato. Empezaba a estar agobiado de estar aquí solo. Y ahora que caía en la cuenta, conociendo a sus compañeros, tal vez no les vendría mal tener una aspiradora en el apartamento…

Con esta idea en mente, agarró el picaporte y tiró de la puerta hacia sí.

***

Max tenía la mano sobre el interruptor del timbre para llamar una última vez, cuando la puerta se abrió al fin, y apareció Seth al otro lado.

Un Seth bastante desconocido, todo había que decirlo, con la cara tan pálida que parecía de color gris ceniciento, y los ojos negros muy abiertos, como desencajados por la ansiedad.

Al ver a Max allí plantado, se echó un poco hacia atrás, sorprendido, y soltó una pequeña exclamación.

—¡Max!

El mánager se extrañó aún más. ¿Por qué tenía Seth esa cara? Parecía como si en la vida se hubiera esperado verle aquí, plantado en el umbral. Pero si hablaron por teléfono hacía un par de horas, y le dijo que vendría… ¿Qué estaba pasando aquí?

***

Seth no podría describir el alivio que sintió al ver a Max. De entre todas las personas del mundo, jamás se le habría ocurrido que pudiera ser él el visitante. Y eso que Max le avisó de que vendría

al mediodía… Pero a lo largo de esta mañana infernal, lo había olvidado por completo, y solo ahora, al tenerlo delante, había logrado recordarlo.

Seth sonrió, sintiendo cómo sus hombros se relajaban por sí solos, de puro alivio y gratitud. ¡Max estaba en casa! Ya no estaba solo para hacer frente al teléfono y a lo que viniera. Por fin había alguien con él para ayudarle, una persona mayor. ¡Y su mánager, por añadidura! Decir que Seth estaba emocionado y agradecido era quedarse corto…

Sin pensarlo, agarró al mánager por un brazo y lo metió en casa, cerrando de nuevo la puerta tras él.

***

A Max le sorprendió que Seth tirase de él sin ninguna ceremonia y lo metiera en el recibidor, como si temiera que fuera a echar a correr de un momento a otro…

Pero es que, no contento con eso, el joven cerró la puerta en seguida a su espalda, tal vez para cortarle la retirada…

También le sorprendió ver cómo se encontraba la casa. Desde aquí solo podía divisar el salón, pero le pareció verlo limpio, recogido y ordenado. Olía a productos de limpieza, y el suelo brillaba como un espejo.

Que Max pudiera recordar, era la primera vez que lo veía así. Normalmente, había ropa y joyas de William desperdigadas por todas partes, discos, cintas y latas vacías sobre las mesas, montones de colillas en los ceniceros, y el suelo mostraba las huellas de las pesadas botas de Austin…

Ahora bien, las cortinas echadas, creando una suave penumbra, el suelo brillante, y el olor a limpio le resultaron sospechosos. En lugar de tener el efecto calmante que cabría esperar, tuvieron sobre él el efecto contrario, le resultaron inquietantes. Porque parecía como si aquí no hubiera nadie más que el artífice de tanta limpieza, es decir, el propio Seth.

¿Y por qué estaba Seth solo? ¿Dónde estaban los demás? ¿No deberían estar aquí también, a la espera de recibir noticias de William, bien de parte de la policía, o bien del secuestrador?

Pero lo que ya le dejó sin palabras fue lo que hizo Seth a continuación.

—Max, nunca me he alegrado tanto de verte —dijo, con voz extraña, como densa o emocionada.

Y en seguida, le envolvió en un abrazo de oso, algo que ninguno de estos chicos había hecho jamás antes. Max abrió grandes ojos, y se quedó mirando por encima del hombro del muchacho aquel extraño salón, tan demasiado limpio y tan en penumbra. Aquí había algo fuera de lugar. Y Max, además de sentirse sorprendido y perplejo, empezaba a estar también francamente preocupado.

¿Por qué no estaba Troy allí de pie, junto a la ventana, con la cortina descorrida, y fumando como una chimenea? ¿Por qué no había acudido ya Austin a saludarle? ¿Qué podría haber ocurrido, tan grave como para hacer que Seth, el paradigma de la serenidad y la compostura, tuviera un colapso nervioso y le abrazara así nada más verle?

Confuso y un poco asustado, el mánager le dio palmaditas en el hombro al chico, tratando de calmarlo. Estaba deseando preguntar, y a la vez, no se atrevía. Temía escuchar la respuesta.

—¡Qué mal lo he pasado, Max! —dijo Seth, apartándose despacio, mientras tomaba aire por la nariz, y se pasaba una mano por la frente—. ¡Vaya mañanita llevo!

—Ya me imagino, chico. Para ponerte así… —respondió Max, dándole nuevas palmaditas, en un brazo esta vez.

Seth asintió.

—Ha llamado medio mundo, y yo todo el tiempo asustado, porque podría ser el secuestrador…

—Claro.

—Y al final ha llamado él también. ¡Y qué voz tiene! Tan grave… Tenías razón ayer, Max. Tiene una voz de malvado que impresiona.

—M-m —asintió Max a su vez.

Trató de procesar lo que estaba diciendo el chico. Y de pronto, se sobresaltó al caer en la cuenta…

—¡Un momento! —exclamó—. ¿El secuestrador? ¿Y qué ha dicho? ¿Te ha dado noticias de William?

Seth negó tristemente con la cabeza.

—No me ha dicho nada. Le di el mensaje de Troy, y contestó que llamaría más tarde.

—¿El mensaje? ¿Qué mensaje? ¿Troy te dejó…?

Max se interrumpió y volvió a sobresaltarse. ¡Ah! ¡Eso era lo que andaba mal aquí! ¿Por qué estaba Seth solo? ¿Por qué había hablado él con el secuestrador? ¿Qué estaba pasando?

Agarró ahora el brazo de Seth, y lo apretó con fuerza, apremiando:

—¿Qué ha pasado, Seth? ¿Dónde está Troy?

***

Seth hizo una pequeña mueca de dolor. En medio de su ansiedad, Max le estaba apretando el brazo con demasiada fuerza sin darse cuenta, y dolía, ay… Su mano parecía una tenaza de acero.

Pero lo peor de todo no era eso, sino que ya le había hecho la temida pregunta. ¿Dónde estaba Troy? Ah, Seth preferiría no tener que ser él quien tuviera que responder a esto. Apreciaba a Max, y se alegraba de veras de volver a verle, y de tenerle en casa. Pero no le apetecía tener que padecer uno de sus arranques de ira.

Cuando Max se asustaba o se ponía nervioso, tenía tendencia a explotar, y le daba por gritarle a la gente. Le daba igual a quién. Cuando perdía los nervios así, no pensaba en el pobre infeliz que estuviera enfrente para recibir la regañina. En este último mes, le había ocurrido varias veces de enfadarse con Troy… Y de echarles la bronca a ellos, porque Troy no estaba. Seth estaba agotado, y de verdad que no se sentía con fuerzas para afrontar esa prueba.

Titubeó un segundo. No sabía muy bien qué contestar. Cuando Max le llamó esta mañana, creyó que para cuando fuera a venir, sus amigos estarían ya de regreso, y que Troy se ocuparía de darle explicaciones, si fuera preciso. Luego olvidó por completo que Max iba a venir, y no había ideado cómo iba a bandearse con sus preguntas. Había tenido asuntos más apremiantes de los que ocuparse…

Desde luego, no se planteaba decirle que sus amigos habían ido al Bronx. Esto ya lo había hablado con ellos, antes de que se fueran. Habían anticipado que, si Max oía nombrar el Bronx, preguntaría para qué habían ido allí, y entonces sí que se verían en un problema, porque… ¿Cómo le hablaban de Ralph? ¿Cómo iban a explicarle de qué le conocían, sin decirle que anoche entraron de forma ilegal en los terrenos del Averno, para tratar de salvar a William?

La cabeza de Seth buscó a toda velocidad alguna respuesta que pudiera satisfacer al mánager y dejarlo más tranquilo, al menos hasta que llegara Troy y se las entendiera con él. Después de sopesar sus opciones, decidió dar la respuesta más neutra posible, y que además era la pura verdad.

—Troy está en la comisaría, con Austin, Frank y Hudson —explicó.

Max volvió a sobresaltarse y exclamó:

—¿Sí? ¿Hay noticias?

Seth asintió.

—Han encontrado el coche del secuestro.

—¿La policía?

—No. Troy.

—¿Cómo?

Seth suspiró. Se pasó una mano por la cara, agobiado. No estaba muy seguro de estar

haciendo esto bien.

«He sobrevivido al secuestrador, sí», se dijo. «Pero solo para que ahora Max me arranque la cabeza de un mordisco. ¡Qué desastre!».

De nuevo, puso a su mente a funcionar a toda velocidad. No le cabía duda de que, a estas alturas, Troy ya tenía pensado cómo iba a explicar lo del coche, y no solo a Max, sino también a Hudson y a Fidgerald. Tal vez fuera mejor dejarle a él la tarea de dar pelos y señales de lo ocurrido, cuando volviera.

—Pues en realidad no sé los detalles, Max —contestó—. Troy llamó, y solo me dijo eso. Él nos lo contará cuando llegue.

—Ah —dijo Max.

Su mano se relajó al fin. Le soltó el brazo, y Seth pudo respirar. Demonios, qué fuerza tenía. Seguro que sus dedos se le habían quedado marcados en el bíceps para los restos…

No se atrevió a decir nada, sin embargo. La reacción de Max no había sido un estallido de ira, sino algo que tal vez fuera mucho peor. Se había quedado absorto, mirando ante sí con aire pensativo. De pronto parecía encontrarse confuso y como perdido.

«¿Qué le pasará?», se preguntó Seth.

Una cosa estaba clara: todo indicaba que por el momento, había logrado cortarle la mecha a la bomba. Pero, ¿la habría inactivado realmente, o esto era solo una apariencia, y una sola palabra de más por su parte la haría estallar por fin? ¿De qué hablaba ahora con Max, para no dar un paso en falso, que pudiera acarrear el desastre?

Capítulo 9

Por su parte, Max estaba sumido en sus pensamientos, tratando de procesar todo lo que le había contado Seth. De modo que el secuestrador había vuelto a llamar… Y había dicho que llamaría más tarde para hablar con Troy… Le pareció que eso era una buena señal. Significaba que la negociación seguía abierta, y por tanto, que aún no se habían deshecho de William, a pesar de que hacía tiempo que había expirado el plazo que les dieron para cumplir sus condiciones.

«Espero que William esté bien», se dijo.

Pero lo más impactante para Max había sido el hallazgo del coche del secuestro. ¿Cómo lo habría encontrado Troy? ¿Acaso tenía información privilegiada, que él desconocía? De ser así, debía haberla adquirido durante la mañana, porque anoche mismo Max estuvo con él, y aún no sabía nada. ¿Cómo habría dado con ese coche, en medio de la inmensidad que era Nueva York?

«¿Será de verdad el mismo coche?», se preguntó. «¿O eso es lo que él quiere creer?».

Max entendía que Troy estuviera preocupado. Lo estaban todos, ¿cómo no iba a estarlo él, si William era su pareja y el cantante de su grupo? También valoraba y apreciaba todo lo que se estaba esforzando por encontrarlo. Troy parecía incansable, apenas había parado desde que se llevaron a William, ayer a esta hora. Exceptuando la noche, claro. Aunque Max dudaba mucho de que ese chico hubiera sido capaz de conciliar el sueño…

Pero tenía que reconocer que Troy tenía demasiada tendencia a sacar conclusiones precipitadas. Desde el principio había acusado a Jordan Grant de ser el autor del secuestro, a pesar de no disponer de una sola prueba de ello, solo por el pique profesional que había entre ellos, y porque William había estado en un tris de dejarle para irse a cantar —y a vivir— con Grant…

Igual que había asumido que Jordan era el diablo en persona, con cuernos y rabo incluidos, podría haber encontrado un coche cualquiera por ahí, que se pareciera remotamente al del secuestro, y allá que se había ido a la comisaría para buscar a Fidgerald.

«Si lo es de verdad, supongo que la policía lo confirmará», pensó. «Y Frank, que iba con Troy cuando ocurrió el secuestro, y dijo que había logrado memorizar la matrícula… Claro que la policía también nos dijo que esa placa no existía… ¡Qué embrollo!».

Se pasó una mano por los ojos. Daba gracias de que Frank hubiera estado con los chicos ayer. No logró impedir el secuestro, pero sí pudo ayudar a Troy. Y hoy por lo visto también…

«Y dice que Hudson está con ellos», pensó. «Sabiendo esto, me quedo mucho más tranquilo».

Durante un instante, se preguntó si debería llamar a Jeff para darle la noticia. Sería una bomba, y tal vez le viniera de perlas para… Bueno, para el asunto del que habían estado

hablando, antes de que Max saliera de su despacho…

Pero en seguida lo pensó mejor. Le parecía precipitado llamarle ahora, sin conocer los detalles. Lo más importante era que Troy regresara, y que confirmara que de verdad era el mismo coche. Teniendo eso, el siguiente paso era decírselo a Jeff, antes de que la información se filtrara de algún modo a la prensa, y lo supieran ellos antes…

***

Mientras Max hacía cábalas, Seth se mordía el labio inferior, inquieto. Anticipaba un rato muy incómodo, sin saber de qué hablar con Max, andando de puntillas de modo metafórico alrededor de lo importante, y manteniéndose todo el tiempo sobre sus guardias consigo mismo, para no delatar a sus amigos sin darse cuenta, y que no se le escapara que habían ido al Bronx ni por qué…

«Si hubiera un modo de distraerle…», se dijo. «O de hablar de otra cosa… O mejor aún, de dejarlo aquí y yo irme a… ¿A dónde? ¿A la cocina?».

Una idea empezó a formarse en su mente, y esta vez no le pareció descabellada del todo. Al fin y al cabo, ya era la hora del aperitivo. En verdad, sería *muy* grosero si no lo hacía. De modo que, sin perder ni un segundo más, empezó a hablar.

***

Max estaba aún recapitulando la información nueva que tenía, y preguntándose si debía contarle también a Jeff que el secuestrador había vuelto a llamar… O si debía esperar a que el tipo hablara con Troy, para saber más detalles… Cuando Seth exclamó de improviso:

—¡Mira qué modales tengo! —Le señaló con una mano y se dio un golpecito en la frente con la otra, sonriente—. ¡Acabas de llegar, y ni siquiera te he ofrecido un asiento! ¡Siéntate, Max! ¡Ponte cómodo!

Se fue a por una de las sillas de la mesa grande, la sacó, y luego vino para agarrarle por un brazo y tirar de él hacia ella, añadiendo:

—¿Te apetece tomar algo?

Max se dejó caer sobre la silla, un poco sorprendido, y contestó sin pensar:

—Pues ahora que lo dices… Una cerveza…

—¡En seguida!

Seth salió corriendo a la cocina, y Max le miró marchar, rascándose la cabeza. Jamás había

visto a este chico tan dispuesto y tan solícito.

—Pues sí que le ha afectado a Seth, eso de hablar con el secuestrador… —murmuró para sí.

***

Seth llegó a la cocina y se precipitó sobre el frigorífico. Sacó un botellín de cerveza —siempre tenían, porque a Austin le gustaba tomar una de vez en cuando—, y la sirvió en un vaso.

¡Preparar aperitivos! La idea era perfecta. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era el modo ideal de tener a Max entretenido con algo, sin tener que darle conversación, y por tanto, sin correr el riesgo de delatar a sus amigos.

Seth conocía a Max. Sabía que no se metía en la cocina aunque le fuera la vida en ello, pero sí le gustaba comer y beber. Le prepararía unos canapés, para que fuera picando, y luego se vendría aquí para esconderse, con la excusa de preparar un aliño. Si todo iba bien, los dos se mantendrían ocupados y sin tener que hablar, hasta que llegara Troy.

«Eso espero», se dijo.

Salió al salón, con la cerveza y un posavasos. Los dejó sobre la mesa, mientras Max decía:

—Gracias. ¿Ha venido ya el otro chico de seguridad?

Seth se quedó por un momento inmóvil, pensando: «¡Maldición! ¡También me había olvidado de eso! Es verdad que a mediodía tenía que venir un compañero de Frank. ¿Y dónde está?».

No tenía ni idea, pero tampoco quiso entrar en detalles con ese asunto, no fuera a ser que por mala suerte desatara las iras de Max. De modo que aparentó indiferencia, y respondió:

—Oh, pues… No. Tú has sido el primero en llegar. —Le sonrió de oreja a oreja, añadiendo —: ¿Te apetecen unos canapés?

Max, que estaba tomando un trago de cerveza, se interrumpió, con el vaso a medio camino entre su boca y la mesa. Lo único que fue capaz de contestar fue:

—Am…

Seth decidió aprovechar que estaba perplejo para llevar a cabo el resto de su plan, antes de que el mánager reaccionase de alguna manera, y le arruinara la idea.

—¡No se hable más! —exclamó—. ¡Quédate aquí y descansa! ¡En seguida los traigo!

Y echó a correr de nuevo hacia la cocina, soltando una risita entre dientes. La cara de asombro de Max, con el vaso en la mano y el bigote blanco de espuma, no tenía precio…

***

Entretanto, William continuaba sentado sobre su esterilla, y había retomado la lectura de su libro. Lo llevaba ya muy adelantado. Si continuaba leyendo a este ritmo, le iba a dar tiempo de terminarlo y de empezar el segundo volumen, antes de que se acabara el día…

El pensamiento le hizo levantar la cabeza de un salto, y quedarse mirando al vacío ante sí, preocupado. Esperaba que eso no llegara a ocurrir. David le dijo esta mañana que volvería a casa hoy, y William estaba aferrado a esa esperanza, y no quería soltarla por nada en el mundo…

Sin embargo, si era sincero, la realidad era que aquí continuaban pasando las horas, y no ocurría nada. Seguía sin tener noticias de Troy, pero noticias directas, no suposiciones ni conjeturas de unos y otros. Y por supuesto, no tenía ni el más leve indicio de que de verdad fuera a irse a casa en un futuro cercano. De hecho, ya hacía mucho rato que no escuchaba ni el más leve signo de vida por el pasillo. ¿Seguirían sus secuestradores ahí? ¿O se habrían ido para no volver, abandonándolo aquí a su suerte?

La idea le pareció inquietante, por decir algo. Abrió oído a los sonidos del exterior. Y entonces le pareció oír pasos que se acercaban.

«Ah, no se han ido», pensó, tratando de calmar los latidos desbocados de su corazón, a quien la idea de haberse quedado aquí solo le había ocasionado una pequeña crisis de pánico. «¿Quiénes serán? ¿Será David? ¿Jonathan? ¿O el tipo grande que no habla?».

Continuó prestando atención. Los pasos se acercaban deprisa. Le pareció distinguir el sonido de varios pies, por lo que no se trataba de una sola persona. Y algo más: el sonido que harían unas bolsas de plástico al ser transportadas en la mano.

«Vienen cargados», dedujo. «¿Qué traerán? ¿Y para qué? ¿Tendrá algo que ver conmigo?».

Por si acaso, dejó de nuevo el libro a un lado y se mantuvo alerta. Si se abría la puerta de repente y lo metían en un saco, no quería que le pillara desprevenido. No iba a ponerles las cosas fáciles a sus agresores. Si acababan metiéndolo en un saco, atándolo, matándolo o lo que fuera, desde luego, no iba a ser sin lucha por su parte…

***

Reggie divisó a pocos pasos de ellos la puerta de William a la derecha y la del baño a la izquierda, y suspiró de alivio para sus adentros. ¡El baño, por fin! Había bebido demasiada agua en los últimos minutos, y ahora estaba que iba a reventar.

Sin pensarlo, soltó la mano de Dan, que llevaba cogida en la suya, y se inclinó para dejar su bolsa en el suelo, junto a la puerta del servicio, murmurando:

—Dejemos esto aquí un segundo, mi vida. ¿Tienes que entrar al baño?

Agarró la bolsa de Dan sin mirar y la puso junto a la suya. A su espalda, el otro chico respondió, con una risita:

—Sí. ¿Y tú?

Reggie se interrumpió, sorprendido. Lo había preguntado por reflejo, por costumbre. No había pensado en que Dan de verdad… ¿Había oído bien? ¿También tenía ganas?

—¿Sí? —le dijo, volviéndose para mirarle por encima de su hombro. Dan asintió, y Reggie se incorporó y se giró añadiendo—: En ese caso entra, amor. Te esperaré.

Colocó una mano a su espalda, más que nada para dejarle una pequeña caricia. Dan titubeó.

—Pero… ¿Y tú?

—Yo entraré después de ti. Vamos.

—¿De verdad no te importa?

—No, amor.

«En realidad, sí», pensó. «Y mucho. De hecho, si no se da prisa, me lo haré encima. Pero no sé las ganas que tiene él. ¿Y si está peor que yo?».

En realidad, no había modo de saberlo. Y Reggie ante todo era un caballero, y no iba a dejar a su enamorado sufriendo, para ocuparse él de forma egoísta de su propia necesidad.

Por suerte para ambos, Dan no se entretuvo a debatir la cuestión. Le dirigió una sonrisa preciosa, le hizo una pequeña caricia en la espalda a su vez, y se metió en el baño, canturreando en susurros:

—Gracias.

Reggie estaba aún grabando en sus neuronas el sonido de aquella hermosa voz, cuando la puerta del servicio se cerró, y se quedó solo con las bolsas de basura, en el pasillo vacío.

***

Por su parte, William continuaba tenso, escuchando. Los pasos se habían detenido junto a su puerta. Luego había habido un cuchicheo, y el sonido de las bolsas al ser depositadas en el suelo.

Miró a la puerta, ansioso. Tenía la sensación de que se iba a abrir de un momento a otro. Pero, ¿no sería extraño que lo hiciera, sin que David le hablara primero?

«Aquí hay gato encerrado», se dijo. «David siempre habla antes de abrir».

Entonces escuchó otra vez pasos, y el sonido de una puerta que se cerraba quedamente frente a la suya. La luz se hizo de pronto en su mente.

«¡Ah, venían al baño!», pensó. «Pues yo también tengo ganas. ¿Debería decirlo? ¿Habrá quedado alguien ahí fuera, o habrán entrado los dos juntos?».

Una vez más, le pareció que se encontraba en la situación más vergonzosa y embarazosa del mundo, pero ¿qué podía hacer? Orinarse encima no era una opción.

Se movió para ponerse de pie. Sus articulaciones protestaron, de pasar tanto rato en la misma postura, y su vejiga protestó aún más. Haciendo muecas y gestos para no quejarse, y que no se le oyera desde fuera, por si acaso, consiguió levantarse poco a poco. Estiró y flexionó varias veces brazos y piernas para tratar de desentumecerlos, con el oído siempre atento a los sonidos del pasillo…

***

Reggie resopló. Sabía que solo tendría que esperar unos instantes más, pero cuando uno llevaba un rato aguantando, sin querer salir corriendo al baño, porque había habido otros asuntos más apremiantes que resolver, ahora que por fin se veía aquí, a dos pasos, cada segundo se le hacía eterno.

Pasó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, tratando de retener la infantil necesidad de ponerse a dar saltitos en el sitio, con las manos entre las piernas. Era un adulto, demonios. Y el que estaba ahí dentro era el hombre del que estaba enamorado. Le parecía que lo mínimo que podía hacer era darle alguna impresión de dignidad y de… Eso, de madurez, cuando Dan abriera la puerta de nuevo y le viera.

Miró a la puerta cerrada de William, y se preguntó qué le iba a decir exactamente y cómo…

Antes de que pudiera responderse, escuchó el sonido de la cisterna en el baño. Se volvió de nuevo hacia esta otra puerta. Le pareció curioso que, en lugar de hacerle sentir alivio porque la espera estaba llegando a su fin, el sonido del agua corriendo en la cisterna, y ahora también en el lavabo, estuviera teniendo sobre él el efecto contrario. La sensación de apremio en su pelvis empezó a hacerse dolorosa…

Entonces escuchó algo distinto, y le costó toda su voluntad no llevarse la mano a la frente, mortificado. Era la voz de William, al otro lado de la puerta, y llamaba en un tono quejumbroso y lastimero:

—¿David? ¿Estás ahí?

«Por favor, que no me diga que también tiene ganas», pensó Reggie.

Pero por supuesto, las cosas no podían ser tan fáciles…

***

—¿Qué? ¿Tienes ganas? ¿En serio? —dijo David al otro lado.

No pareció nada contento con la noticia, y William se preguntó por qué. No podía tener quejas de él. William no daba ruido. Y no era David el que estaba encerrado en una habitación sin retrete, y el que se veía obligado a arrastrarse y a mendigar que por favor le dejaran ir. Era él, ¿verdad? ¿Y acaso le oían protestar? Injusto, era la palabra. Si David se molestaba por esto, era injusto y nada más.

Sin embargo, no dijo nada de lo que pensaba. No quería hacerle enfadar, y mucho menos en este momento. De modo que se limitó a responder:

—Sí. No he ido al baño desde esta mañana. No tengo reloj, pero estoy seguro de que ya hace rato de eso…

A William le pareció que David murmuraba para sí entre dientes:

—Tiene razón, maldición. ¿Y ahora qué?

***

Reggie estaba partido en dos. Su conciencia le decía que debía abrirle a William, y dejarle que entrara al baño antes que él. El pobre ya tenía bastante con estar encerrado, y con tener que suplicar que le dejaran ir…

Pero su vejiga de verdad que no tenía más espera. Al fin, se impuso su sentido práctico, una vez más. Se sentía vulnerable en la situación en la que se encontraba en aquel momento. La idea de abrirle la puerta a William no era mala, pero… ¿Y si una vez que se hubiera desahogado, el prisionero hacía algún extraño, o un intento de fuga? Reggie no tendría capacidad de reacción, con su vejiga llena. De hecho, a duras penas podía pensar…

Eso le decidió. Se acercó a la puerta de William y le dijo, en tono más suave:

—¿Puedes esperar un poco más, William? He bebido mucha agua, y estoy que voy a reventar. Entraré yo ahora, y tú irás justo después, ¿de acuerdo?

—Vale —contestó William—. Pero por favor, no te olvides de mí, David, o seré yo quien reviente.

A Reggie no le quedó más remedio que sonreírse para sí. Él habría respondido algo muy similar, de estar en la situación de William.

—No te preocupes. Sé lo que se siente —le dijo—. Te prometo que no tardaré.

En ese momento la puerta del baño se abrió al fin, y salió Dan. Al verle allí de pie, frunció un poco el ceño, extrañado, y murmuró:

—¿Qué pasa?

Capítulo 10

Cuando salió del baño, a Dan le sorprendió ver que Reggie no estaba esperándole junto a la puerta, sino frente a ella y junto a la habitación de William. Tenía aspecto de estar inquieto. Su blanco rostro contrastaba con las paredes grises que les rodeaban y con su ropa negra, como la luna llena relucía en mitad de la negrura de la noche.

—¿Qué pasa? —le preguntó Dan en susurros.

—Nada —murmuró Reggie, cubriendo en dos pasos la distancia que los separaba—. William me ha dicho que él también necesita usar el baño.

Dan se sobresaltó. Se puso tenso, y sintió que un pellizco de ansiedad se alojaba en la boca de su estómago. No habían contado con que William pudiera precisar algo. ¿Y ahora qué?

Miró a Reggie con grandes ojos y preguntó, en un suspiro:

—¿Qué hacemos?

Reggie volvió la cabeza para echar una ojeada a la puerta cerrada de William por encima de su hombro, como si estuviera sopesando sus opciones. Luego se volvió de nuevo hacia Dan. Su mirada era apacible y cómplice cuando cuchicheó:

—¿Crees que podremos hacerlo los dos solos?

Dan titubeó. Se quedó bloqueado y no supo qué decir. Los recuerdos de la pelea de ayer a esta hora, los gritos, los golpes, la música de Little B… Los gritos de William cuando despertó y estuvo insultando a Jordan, ya encerrado en su habitación… Todo eso le inundó la mente de repente en aquel instante. Se sintió sobrepasado. No podía pensar.

Dan Nobody pasó gran parte de la tarde de ayer aterrado ante la idea de tener que enfrentarse a William sin una puerta que los separase. El miedo a ser reconocido, unido a la sensación de vulnerabilidad que le ocasionaba el dolor en su costado lesionado, le hicieron pasar las primeras horas en tensión casi permanente. Solo empezó a relajarse y a ser él mismo otra vez, cuando notó en su interior que empezaban a brotar sus sentimientos por Reggie, y cuando intuyó que dichos sentimientos podrían estar siendo correspondidos. Pero siguió sintiendo lo mismo con respecto a William: miedo y vulnerabilidad.

Hoy todo era muy distinto. La relación entre Reggie y él no tenía nada que ver con lo que fue ayer. Y su costado solo le dolía si realizaba ciertos movimientos. En teoría, no deberían tener problemas para ocuparse de este asunto entre los dos…

Además, contaban con la colaboración y la buena voluntad de William, cosa que ayer no tenían. Y Dan necesitaba y quería ayudar a Reggie en todo lo que pudiera, especialmente en las cosas difíciles como esta…

Sin embargo, era reacio a decirle que sí. Un secreto instinto que no sabría precisar en palabras, y que en un primer momento interpretó como miedo, le rogó que no se precipitase, que antes de dar una respuesta, se tomara un poco de tiempo para pensar…

«¡Tiempo!», se dijo. «¡No tenemos tiempo! ¡William está esperando! ¿Te gustaría estar en su lugar, y que fuera te dijeran que necesitan tiempo?».

Angustiado, se mordió el labio inferior. Reggie pareció leerle la mente, porque colocó una mano sobre su brazo con suavidad, y le dijo:

—No te preocupes. Me ha dicho que me esperará a que entre yo.

—Ah —suspiró Dan, sintiendo una pequeña medida de alivio.

Así que había algo de tiempo, después de todo… ¿Y qué iba a responderle a Reggie? ¿Creía Dan de corazón que podían hacer esto los dos solos?

«No lo sé…», se contestó. «¡No puedo pensar!».

La mano de Reggie le devolvió al aquí y ahora. Sus dedos rozaron uno de sus antebrazos. Los dos los llevaban descubiertos, porque se habían arremangado las mangas hasta los codos para llevar las bolsas. Las puntas de los dedos de Reggie, ásperas y calientes, le dejaron una suave y lánguida caricia. Sus ojos azules continuaron perdidos en los suyos. Dan se concentró en sentir el tacto de su mano en su piel, y en el hermoso color azul de sus iris, mientras Reggie explicaba en voz baja:

—Piénsalo con calma. Si te sientes capaz, le abriremos los dos. Si no, sin problemas, mi vida.

Reggie bajó la vista un instante para mirar su brazo. Su mano descendió, rozándole la muñeca, también con las puntas de los dedos. Abrió la mano despacio, envolvió con ella la de Dan, y la cubrió de modo protector y tranquilizador, su mano blanca como la leche sobre la suya, de color marrón oscuro. La apretó luego con ternura.

—Tú y tu costado sois lo más importante para mí —continuó diciendo—. Esta misma mañana te ha dado el dolor un par de veces, y tengo la carita que se te pone clavada en el alma.

Sus ojos azules volvieron a buscar los suyos, serios y preocupados ahora. Dan supo que no tenía delante a un jefe, inquieto por uno de sus hombres, sino a Reggie, su pareja. Reggie no estaba pensando en la misión ni en William, sino en él y en su bienestar. Su mirada era limpia y sincera, y Dan sintió una oleada de alivio y gratitud al verla.

También sintió algo más: la sutil pero inconfundible sensación de conexión que había notado otras veces con Reggie. Brillaba allí, entre los dos, envolviéndolos en una burbuja mágica de amor, cariño, respeto y aceptación, que les aislaba de este pasillo gris, de las presiones de fuera, del miedo y de la responsabilidad… Una burbuja de amor que le hizo sentir, con más intensidad que nunca antes, que ahora eran un «nosotros», que él ya no era el subordinado de Reggie, sino su igual, y que iban los dos a una en todo.

Sobrecogido y emocionado, Dan vio los ojos de Reggie cambiar su expresión, y dirigirle una mirada intensa y cómplice desde debajo de las cejas, mientras el otro chico concluía:

—No necesitamos que nadie haga de héroe, amor. Al contrario. Nos necesitamos los dos de una pieza para lo que queda de esta aventura, y… —Una sonrisita traviesa asomó a sus delicados labios—. Para el resto de nuestra vida.

Le guiñó un ojo, un gesto bromista y masculino irresistible que le hizo parecer un chico malo, y Dan sintió deseos de envolverle entre sus brazos y de comérselo a besos. No lo hizo porque… Bueno, aún estaba paralizado, pero ahora por la sorpresa. Lo que había dicho Reggie, y la mirada y la voz con las que lo había dicho, le tenían sobrecogido y maravillado. Con el corazón palpitante de emoción, apretó su mano en la suya a su vez, y una sonrisa derretida y enamorada le trepó por la cara sin poder evitarlo.

«¡El resto de nuestra vida!», repitió para sí. «¿No es maravilloso, que dé por hecho que vamos a seguir juntos después de esto? ¿Cómo puede pensar en esas cosas? Yo ni siquiera soy capaz de imaginar que en algún momento vayamos a salir de aquí…».

Para ser exactos, su cabeza sí sabía que tenían que salir, y pronto además. Los Red Devils tenían un concierto mañana, y ni Paul ni Reggie podían faltar. Pero el resto de él sentía que las cosas no iban a ser tan fáciles…

No obstante, no quiso hablar de esto ahora. Reggie era un idealista, según él mismo decía, y Dan dio las gracias por ello. Aquella pequeña frase, dicha así, con esa sonrisa preciosa, y aquí, en este pasillo gris y bajo una luz lúgubre y mortecina, le había transportado de repente a otro lugar y otro tiempo.

Pudo ver en su mente el sol brillando sobre el mar… Un campo cubierto de flores… Y a Reggie en la cima de un acantilado, con un sombrero de paja sobre sus rizos rubios, haciendo sombra sobre sus ojos claros… Un Reggie sonriente y feliz, de mejillas sonrosadas, que le miraba mientras se sujetaba el sombrero con una mano, para que no se le fuera volando con la brisa.

¿Cuántas cosas hermosas podría compartir con Reggie, cuando todo esto acabara? Muchas. Incontables. Una vez fuera de aquí, serían libres para ir a donde quisieran, y para vivir su amor a su ritmo, disfrutando el uno del otro, y viendo crecer esta preciosa flor que había nacido entre ellos. Ya no habría presiones, ni prisas ni estrés, porque tendrían el resto de sus vidas para estar juntos. Serían dos personas, y una sola vida, para vivirla juntos.

«Oh, Reggie…», pensó. «No puedo esperar a vivirlo».

Aquella frase tan pequeña —«para el resto de nuestra vida»— le había llenado el corazón de ilusión. Le había dado algo más grande que él, que William y que Jordan por lo que pelear. Le había dado fuerza y esperanza.

—Tengo que verte en el campo, en un acantilado sobre el mar, bajo los rayos del sol —murmuró con voz extraña, sintiendo el cosquilleo de las lágrimas en los párpados—. Tengo que probar uno de tus dulces, y verte con flores en el pelo…

La sonrisa de Reggie se hizo deslumbrante.

—Y yo tengo que verte tocar la guitarra, y cantar con esa preciosa voz que tienes —contestó. Alargó la mano libre hacia él, rodeó su cuello con el brazo y le atrajo hacia sí. Le besó la frente, antes de cuchichear—: Y verte reír… En el campo… Con flores en el pelo…

—Sí —fue todo lo que pudo decir Dan, con una sonrisita emocionada.

—Será maravilloso, amor —añadió Reggie.

Su voz sonó más seria ahora, sobria. Dan asintió. La imagen hermosa ya se había diluido en su mente, y volvían a estar los dos aquí de pie, en el pasillo gris, delante de la puerta del baño.

Dan parpadeó muchas veces, tratando de retener las lágrimas. Dolía estar aquí, y no poder estar ahí fuera, disfrutando juntos. Sabía que había que pasar por todo esto para poder llegar al otro lado, y vivir las cosas hermosas que les aguardaban allí, pero… ¡Qué largo se le estaba haciendo el camino!

Sintió que Reggie se apartaba despacio. Dan buscó su mirada con la suya. Le fascinó y le reconfortó, una vez más, ver la expresión de su compañero. Aquellos ojos estaban llenos de admiración, de orgullo y de amor. Parecía como si Reggie tuviera delante a su «persona especial», como él decía. Le estaba mirando como si Dan lo fuera. Y eso le hizo sentir agradecido y enamorado. La mirada de Reggie en este momento era tan hermosa…

«No cambiaría esto por nada», pensó Dan.

Con una mano aún en la suya, y la otra sobre la nuca de Dan, Reggie se inclinó un poco hacia delante para dejarle un pequeño besito en los labios. Dan cerró los ojos al recibir la caricia, pero antes de poder sentirla, ya se había acabado. Parpadeó, confuso. Había sido demasiado poco, demasiado breve…

Reggie debió sentir algo parecido, porque cuando Dan abrió los ojos, vio que su compañero estaba inclinando la cabeza a un lado. Su expresión era seria e intensa ahora, y no miraba a sus ojos, sino a sus labios.

—Te quiero tanto, Danny… —cuchicheó.

Dan sintió un escalofrío. La mano que Reggie tenía en su nuca se había abierto, y sus dedos rozaban la piel de su cuello con delicadeza, descendiendo hacia su mandíbula. La caricia le pareció lo más tierno y sensual del mundo, todo a la vez.

—Y yo a ti, Reggie —murmuró—. Nunca…Nunca he vivido algo como esto.

—Yo tampoco, amor —ronroneó Reggie.

Su voz grave y rasposa tenía un algo de íntimo y de acariciador que hizo que a Dan se le pusiera la piel de gallina en los brazos. También pudo sentir en ella un leve tinte tranquilizador. Le pareció un detalle adorable, y muy propio de Reggie, eso de intentar calmarlo, ahora que la

conexión entre ellos se había hecho tan intensa que era casi tangible… Calmarlo a él, cuando el propio Reggie también debía estar por dentro hecho un flan.

Y esos ojos no se apartaban de sus labios. Parecían hambrientos ahora, ávidos. Y esa carita estaba más cerca, tanto que Dan podía sentir el roce de la punta de su nariz en la suya, y la caricia de su respiración, cálida y liviana, en su mejilla.

Cerró los ojos, a un segundo de implorar que Reggie hiciera algo de una vez, porque estaba a punto de caerse redondo… Y entonces, Reggie lo hizo. Cubrió al fin los escasos centímetros que los separaban, y posó sus labios sobre los suyos.

No se movió. Los dejó así, húmedos y carnosos, apoyados sobre los suyos. Sin hacer presión, sin imponerse, sin acariciar… Solo regalándole el tacto de su piel en la suya.

Dan empezaba a preguntarse si debería hacer algo a su vez, e iba a abrir la boca para atrapar esos labios de fresa entre sus dientes y morderlos suavecito, cuando Reggie le besó. Pero solo le dio un besito casto y dulce, que hizo un sonido pequeñito y casi adorable, y se apartó.

—Tengo que entrar, no puedo más —le cuchicheó—. En cuanto estemos fuera, te comeré la boca en condiciones, preciosidad.

Dan soltó una risita involuntaria, sorprendido. La última frase, en esa voz tan viril y en tono susurrante, murmurada casi a flor de piel de sus labios, se le había ido directa a la entrepierna, sembrando de escalofríos de fuego, en tan solo un instante, todo lo de en medio por el camino. ¿Cómo podía ser Reggie tan cariñoso, tan dulce, y a la vez tan sexual, en un momento como este?

Su compañero se apartó, mirándole con una sonrisa desenfadada, como si nunca se hubiera comportado como un seductor y un chico malo, murmurándole proposiciones en toda la boca. Movió las cejas y vocalizó un «no puedo más», antes de escurrirse como una lombriz por el hueco que quedaba entre el cuerpo de Dan y el marco de la puerta. En un instante, estaba en el baño.

Se dispuso a cerrar tras él. Pero cuando ya la puerta casi se interponía del todo entre ellos, de pronto, pareció recordar algo, porque abrió de nuevo una rendija y asomó la cabeza para decir:

—Ah, Danny.

—¿M?

—Si decides que es mejor que nos ayude Paul, por favor, ve a buscarlo mientras que acabo aquí. El pobre William parece que no está para mucho esperar.

—Vale —respondió Dan.

Reggie le sonrió otra vez, mirándole desde debajo de los rizos, travieso. Vocalizó la palabra «guapo», y cerró la puerta definitivamente.

Dan se quedó solo en el pasillo, de pie ante la puerta del baño, mirando el lugar donde un instante antes había estado el rostro de su compañero. Todavía estaba fascinado por aquella mirada traviesa y sugerente, pero su piel empezaba a sentir su ausencia. Le faltaba su mano en la suya, su otra mano en su cuello, su cuerpo junto al suyo, cálido y sólido, y sus labios en los suyos…

Parpadeó y bajó la vista al suelo, tratando de centrarse. Ya tenía lo que quería, tiempo para pensar. Pero era muy poco, y tenía que usarlo bien.

Reggie no se había limitado a besarle, ni a jugar a seducirle, ni a convertirle en un charquito de enamorado rapero. Había puesto en sus manos una decisión importante. ¿Le abrimos a William nosotros solos, o le pedimos ayuda a Paul? ¿Y qué iba a elegir Dan?

Se volvió para mirar a la puerta cerrada de William por encima de su hombro. Ese frágil trozo de madera era en este momento lo único que le separaba de William, del hombre que tanto le aterrorizó ayer, y que de hecho, aún aterrorizaba a Little B. Si esa puerta no existiera o estuviera abierta, William y él estarían mirándose frente a frente. Dan reprimió un escalofrío de horror.

«Me reconocería. Y entonces sí que ya no habría escapatoria», pensó.

¿Podrían Reggie y él imponerle el suficiente respeto a William los dos solos, como para que el otro chico no intentara nada violento? ¿O necesitarían la presencia intimidante de Paul? Era una decisión difícil. Si Dan elegía lo primero, si se dejaba llevar por su deseo de ayudar a Reggie, y de no parecer un cobarde como esta mañana, estarían los dos solos. ¿Y si William aprovechaba la ocasión, pillaba a Reggie en un descuido, y le arrancaba el pasamontañas?

«William me dijo que no lo haría, y le creí, pero…», pensó Dan. «Pero una cosa es creerle con la puerta cerrada, y otra muy distinta es tener que abrirla. Lo he dicho siempre. Reggie es el que más está arriesgando aquí. No voy a ponerle en peligro, si puedo evitarlo».

Y había algo más. Antes, cuando Reggie le dijo que William necesitaba ir al baño, Dan se quedó bloqueado, y no supo por qué. ¿Fue por miedo realmente?

«No. Es mi intuición», se contestó. «Tengo una corazonada. Es como si quisiera decirme algo, como si estuviéramos pasando por alto algo importante… ¿Qué puede ser?».

Mientras pensaba, recorrió con la vista el trozo de pasillo que le rodeaba. Las dos bolsas de basura continuaban en el suelo, pegadas a la pared, junto a la puerta del baño. La puerta del cuarto de William tenía el cerrojo echado, aunque sin el candado. Reggie no había vuelto a ponérselo, y Dan se alegraba por ello.

La puerta negra del fondo también estaba cerrada, pero una rayita de luz dorada se filtraba por debajo, la luz de la calle, la luz del sol. El deseo de ver el sol y de sentir la brisa junto a Reggie volvió a asentarse en su corazón, con la misma intensidad que hacía un instante, mientras hablaban. Era una suerte que tuvieran esta salida al exterior. Dan la prefería a la puerta principal. Antes, cuando salieron para comprobar que no había intrusos, también estuvieron en la calle, pero no fue lo mismo…

«Espero que tampoco haya nadie aquí atrás», pensó.

Entonces sintió como si un relámpago hubiera iluminado su mente. Recordó de golpe lo que ocurrió esta mañana temprano, cuando le habló a William por primera vez.

«Paul y Reggie salieron a tirar la basura, y me dejaron a mí vigilando…», pensó. «¡Porque esta puerta no puede cerrarse desde fuera! ¡Ya sé lo que estábamos pasando por alto! ¡Necesitamos a Paul! ¡Y no solo por lo de William!».

Escuchó el sonido de la cisterna en el baño. ¡El tiempo se le estaba acabando! Sin pensarlo más, echó a correr hacia el salón.

Capítulo 11

William escuchó pasos que se alejaban a la carrera por el pasillo, al otro lado de su puerta, y frunció el ceño, extrañado. ¿Quién podría ser? ¿Y por qué corría? ¿Habría noticias, por fin?

«Tiene que ser Jonathan», dedujo. «Porque David ha entrado en el baño, o eso creo. Y este que corre no tiene los pasos lentos y pesados del grandullón…».

Hablando de David. A ver si terminaba pronto, y le dejaba salir de una vez. William no veía el momento de que se acabara esta situación vergonzosa y absurda.

Resopló, mirando a la pared que tenía ante sí. Apoyó un hombro en la puerta, y dejó caer también la cabeza sobre ella. Se mordió los labios, impaciente. Estar de pie había vuelto su necesidad aún más acuciante. Estos breves minutos de espera se le iban a hacer eternos.

Para ser sinceros, no veía el momento de verse libre del todo y fuera de aquí. Libre como un pajarillo, para ir y venir a su antojo, entrar al baño cuando quisiera, y tardar en él todo el tiempo que quisiera. Cosas que siempre había dado por sentadas, y que ahora sin embargo se habían convertido en un lujo para él.

Era increíble cómo se podían echar de menos hasta las cosas más insignificantes de la vida diaria, cuando uno se veía privado de ellas. Este tipo de experiencias le enseñaban a las personas —a veces muy a la fuerza— a valorar mejor lo que tenían, porque ahora sabían que en cualquier momento podrían perderlo.

«Nunca más des nada por sentado, William», se dijo. «Ni siquiera la libertad de poder ir al retrete cuando lo necesites. Está claro que algunas veces hasta eso es algo digno de agradecer».

Bajó la vista tristemente al suelo, y sus rizos castaños se deslizaron a los lados de su rostro, ocultándole momentáneamente el resto de la habitación. No hizo nada por apartarlos. En este instante, la pequeña estancia donde se encontraba le parecía más una celda que nunca antes. No tenía ningún interés en continuar viéndola. Total, no había nada nuevo que ver, de todas formas…

«¿Terminará en algún momento toda esta pesadilla?», se preguntó. «Y si es verdad que se va a acabar… ¿Cuándo?».

No podría decir por qué, pero tenía la corazonada de que ni siquiera David, el jefe de los secuestradores, tenía la respuesta a estas preguntas. Le dijo esta mañana que podría irse a casa hoy, pero… Parecía haber cosas que no dependían de él, sino del cabeza pensante de toda la operación. En otras palabras, de Jordan Grant. Y William dudaba mucho que Jordan le dejara ir, sin haber conseguido antes su objetivo.

«¡Su objetivo! Que Troy disuelva el grupo», recordó. «No lo va a hacer. Ni yo quiero que lo haga, ¿eh? Conste. Pero si Troy no cede ni Jordan tampoco, me veo quedándome aquí encerrado

para los restos».

Volvió a resoplar. William era un chico bastante risueño y alegre. Solo se dejaba vencer por el desánimo cuando las circunstancias lo sobrepasaban. De hecho, calculaba que ya debía llevar aquí unas veinticuatro horas, y en ese tiempo, los momentos de bajón habían sido escasos y fugaces.

Pero el lento e inexorable paso del tiempo, la ausencia de noticias, la sensación de estar en un callejón sin salida, y esta incertidumbre tan aplastante eran muy difíciles de soportar, y estaban empezando a dejar su mella en él.

La incertidumbre era una terrible compañera de celda. Dolía y hacía daño, y no le dejaba a uno pensar ni vivir, porque cuando más tranquilo estaba, volvía a aflorar y a crearle un nudo de angustia en el pecho.

William quería ser fuerte y mantenerse optimista y animoso, pero a ratos la ansiedad y la desesperanza empezaban a cobrarse su presa, y se sorprendía a sí mismo teniendo pensamientos nada agradables.

«Tal vez necesite hacer algo distinto para distraerme», se dijo. «Un poco de música no me vendría mal».

Le pareció recordar que sus secuestradores tenían una radio, o algo similar. Estuvieron escuchando música anoche, y esta mañana también, durante las duchas.

«Me pregunto si David me la prestaría, y si me dejaría tenerla aquí», pensó. «Aunque solo fuera durante un rato…».

***

Mientras William meditaba sobre esta posibilidad, y sobre el bien que le haría poder evadirse con la música, Reggie se encontraba a pocos pasos de él, en el baño, lavándose las manos.

Había terminado con lo suyo y se sentía mucho mejor. Pero la pesadez del cansancio seguía nublando su mente. Al notar el agua fría en las manos, tuvo una idea, y se lavó la cara también, y el cuello, más que nada por intentar despejarse. Quería estar todo lo alerta que pudiera cuando le abriera la puerta a William y —en palabras de Little B—, lo dejara «suelto por el apartamento».

Levantó la cabeza, con las manos chorreando agua, aún sobre su nariz y sus mejillas. Lo primero que vio fue su propio rostro reflejado en el espejo. Espejo que ya no estaba empañado, como esta mañana, sino frío y seco.

«Los azulejos tampoco», se dijo. «En verdad, toda la habitación parece diferente. Esta mañana era acogedora y casi daba sensación de hogar. Ahora se siente cutre, fría y estéril, como un baño de hospital».

También faltaba el rostro de Dan junto al suyo en el cristal, y la conexión que brillaba a ratos entre ellos. Ahora Reggie estaba solo, y su cara también parecía diferente. Tenía la piel demasiado blanca, pálida como el mármol. Los rizos del flequillo se le habían mojado, y caían en débiles ondas sobre su frente, goteando agua. Su mirada era seria y cansada, y tenía grandes ojeras azules bajo los párpados, que le llegaban casi hasta las mejillas.

A través del espejo, divisó una toalla blanca, pulcramente extendida sobre el toallero que había a su espalda. Se preguntó quién la habría puesto allí; no recordaba haberla visto antes. Tal vez hubiera sido Dan ahora, que la hubiera sacado de la bolsa que había detrás de la puerta, donde tenían los objetos de aseo que habían sobrado esta mañana.

En cualquier caso, la toalla parecía estar limpia, de modo que se volvió para cogerla y se secó con ella la cara, las manos y los antebrazos. Le gustó comprobar que la tela todavía tenía ese leve tacto áspero y el olor a limpio, propios de no haber sido usada, después de lavarla por primera vez. Uno de sus extremos estaba húmedo. Quizás Dan la había usado, después de todo…

Pero Reggie no era quisquilloso, y mucho menos en lo que respectaba a Dan. En ocasiones, casi desearía poder pegarse a él con todo su cuerpo, piel con piel, y no separarse nunca. ¿Iba a darle asco compartir con él una toalla? Oh, claro que no. Todo lo contrario. Para él era un honor.

Terminó de secarse y la dejó de nuevo tal como estaba. Luego se volvió otra vez hacia el espejo. Se pasó una mano por la barbilla, examinándola con ojo crítico. El morado de su mandíbula no estaba hinchado, lo cual era una buena noticia. Pero parecía haberse extendido con el paso de las horas, porque se veía más grande. Y empezaba a parecer un arco iris. El centro continuaba violáceo, pero alrededor los bordes se estaban poniendo de color amarillo y verdoso.

«Entre esto y las ojeras, parezco un cromo», pensó. «Me pregunto qué puede ver Danny en mí que le guste».

Porque le gustaba, ¿eh? De eso no tenía Reggie ninguna duda. Le gustaba y mucho, a su precioso rapero. Y lo sabía no solo porque él se lo decía, sino también por la mirada de sus ojos. Hacía un momento, por ejemplo, había estado contemplándole fascinado y maravillado, como si tuviera delante a la persona más perfecta del mundo. Reggie nunca se cansaría de ver esos grandes y sinceros ojos negros perdidos en los suyos…

Ah, pero aún no era posible para ellos tener un ratito de intimidad, a solas, aunque solo fuera para mirarse y besarse, y nada más. Antes había que ocuparse de William.

«Y yo tan cansado…», se dijo Reggie, mirando los ojos del hombre del espejo.

Estaban tristes, serios y preocupados, y no le sorprendió. Como decía Dan, Reggie llevaba demasiada carga. Y una cosa era tratar de quitarle importancia delante de sus compañeros, para no cargarlos a ellos también sin necesidad, y otra muy distinta era tratar de mentirse a sí mismo. No, Dan tenía razón. Esta carga pesaba demasiado, y esto estaba empezando a durar demasiado tiempo.

Además, esta noche pasada no habían dormido mucho, ninguno de los dos. Y llevaban toda la mañana de una cosa a otra, casi sin parar. Como para no tener ojeras…

Luego estaba el estrés de haber tenido que juntar valor para hablar con Troy, dos veces seguidas… Y total para nada, porque ninguna de las dos veces había podido encontrarle. Y ahora tocaba esperar otra vez. Eso por sí solo era agotador…

Y esto por no hablar del susto que les habían dado los intrusos esos que vio Little B… Porque Reggie había estado tan asustado como los demás aunque, una vez más, se hubiera esforzado por ser un buen jefe, y hubiera tratado de ocultarlo, y de apoyar y animar a sus compañeros…

¿Y el estrés de haber salido fuera, a riesgo de ser descubiertos, y sabiendo que estaba poniendo en peligro a Dan, su mejor hombre, y el chico del que estaba enamorado? Agotador era poco.

Y encima se habían quedado sin coche. Reggie no quería hablar de esto con sus amigos, hasta que él mismo hubiera podido procesarlo, y hubiera logrado encontrar una salida. Pero la realidad era que se sentía muy encerrado, sin tener un vehículo a mano en el que poder huir, en caso de necesidad. Encerrado no solo él, sino todos ellos, también William. Y se sentía responsable de procurar la seguridad de todos…

No era agradable, esta sensación de estar encerrado. Su cabeza no paraba de dar vueltas en círculos. Cada vez que recordaba el lamentable estado en el que se encontraba el pobre coche, se preguntaba lo mismo: «Debe haber una salida. Siempre la hay. Pero, ¿dónde está?».

No era capaz de encontrarla. Y tal vez fuera por eso, porque necesitaba algo de tiempo para serenarse, después de tanto estrés, para ver las cosas con más calma, y para pensar con claridad.

Tiempo que no tenía, para su gran frustración, porque las obligaciones parecían no tener fin. Se sucedían una tras otra, y parecían salir hasta de debajo de las piedras. Demonios, con decir que llevaba horas sin fumar, que le ardían las manos por la necesidad de encender un pitillo, y que no había tenido ni las ganas ni la ocasión de hacerlo…

Por el momento, había decidido centrarse en lo práctico y en lo más inmediato. Pero tenía muy presente que ya había pasado el mediodía, que Troy quería que le llamaran a las dos… Y también que el tiempo se iba volando, esfumándose como la arena entre sus dedos, filtrándose por entre medias de una obligación y la siguiente. Y antes de poder darse cuenta, se les iba a terminar este breve respiro del que gozaban ahora.

Pronto, muy pronto, demasiado pronto para su gusto, llamaría Jordan para avisarles de que ya era la hora de volver a juntar valor y de llamar a Troy. Y Reggie no habría tenido tiempo de pensar, ni de fumar, ni de perderse en los ojos de Dan, ni de vivir…

¡Jordan! Otro que le estaba dando a Reggie su propia ración de quebraderos de cabeza. En verdad, si se paraba a pensar en ello, demasiado bien estaba llevando todo esto.

«Si lo llego a saber…», se dijo. «Cuando pienso que yo podría estar ahora mismo en mi casa, ensayando…».

Ensayando, sí. Tranquilo y sin cargas, salvo la de estar concentrado en el concierto de

mañana.

Pero entonces, si hubiera hecho eso, Reggie nunca habría tenido la ocasión de conocer a Dan, no de verdad. Nunca le habría besado, ni habría podido tocar su cuerpo desnudo. Nunca le habría visto mirarle con esos ojos de adoración, ni sonreírle de ese modo, que parecía iluminar todo el edificio. Nunca habría sentido esta maravillosa sensación de conexión que compartía con él… Y nunca habría vivido los breves —brevísimos, pero intensos— momentos de felicidad que estaba disfrutando a su lado. Momentos que, quizás precisamente por el hecho de estar en el infierno y aplastado por las cargas, tenían para Reggie un sabor muy especial.

Reggie echaba de menos su casa, su batería y su vida sencilla de siempre, y suponía que era algo natural, dadas las circunstancias. Pero también sabía que el día de mañana, dentro de cinco o diez años, las cosas desagradables y estresantes de esta aventura se habrían borrado ya de su memoria, diluidas por el paso del tiempo…

Sin embargo, los momentos hermosos vividos junto a Dan permanecerían, y se quedarían con él, a salvo, en un lugar muy especial de su corazón, durante el resto de su vida. Aunque una vez fuera de aquí, Dan se diera cuenta de que no le gustaba tanto como él creía… Aunque decidiera acabar con la relación… Reggie nunca olvidaría esto. Había vivido los últimos veintiséis años de su vida —su vida entera, en verdad—, solo para poder experimentar estos momentos y esta conexión… Solo para poder conocer a Dan y amarle. Había estado sobreviviendo como había podido a desaires, malos tratos y demás solo para esto.

Dan Nobody era su persona especial, la que llevaba anhelando conocer toda su vida. Reggie sentía como si Dios le hubiera concedido por fin aquello que tanto había pedido, y que a estas alturas, cansado de desengaños y traiciones, había llegado a desistir de encontrar alguna vez. El hecho de que esta preciosa flor que había brotado entre ellos lo hubiera hecho aquí y en estas circunstancias, a sus ojos, lo hacía todo aún más especial. Mágico.

«No», se dijo. Y en la mirada del hombre del espejo volvieron a aparecer la decisión y la determinación. «Solo por haber conocido a Danny, ha merecido la pena estar aquí. También me alegro de poder ayudar a Little B, y a Paul, y a William… Pero Danny… No cambiaría esta conexión que siento con él por nada en el mundo. Y si él quiere, voy a continuar amándole igual… El resto de nuestras vidas».

El pensamiento le hizo sentir más fuerte. Ahora ya no estaba solo con sus cargas. No era un hombre canijo, frágil y solo para poder con todo. Ahora formaba parte de un «nosotros», lo sabía, lo sentía. Y esa nueva entidad era más fuerte y poderosa que ellos dos juntos. Dan y él, juntos, lograrían llevar a buen término esta aventura.

Se acercó un poco más al espejo, y trató de retocarse los rizos. No quería salir de aquí despeinado. Sabía que era una tarea totalmente fútil, porque ahora tendría que ponerse el pasamontañas, y le aplastaría todo el pelo, pero…

Bueno, estaba enamorado. Y quería ponerse todo lo presentable que pudiera, antes de volver a aparecer delante de su amor.

«En cuanto abra la puerta», se recordó. «Solo tengo que abrirla, y mi Danny está al otro

lado».

Sintió que su corazón daba un saltito de ilusión dentro de su pecho, y sonrió. La cara del hombre del espejo se iluminó con aquella sonrisa, tanto que las ojeras palidecieron, y hasta el morado de su barbilla pareció más pequeño.

«Esto es amor de verdad, Reggie», se dijo.

Sus mejillas se tiñeron de rosa, y Reggie se rió. Quién le iba a decir a él, que solo con pensar en Dan Nobody se le quitaría el cansancio, y parecería un chaval de quince años, ilusionado, joven y casi guapo, en su humilde opinión. Nunca antes había visto esta cara en un espejo. Y como decía Paul, ya era hora, chico… Ya era más que hora de que la viera.

***

Mientras Reggie veía por primera vez qué aspecto tenía su rostro cuando sentía la verdadera felicidad, Dan corría por el pasillo hacia el salón. Sabía que su compañero saldría del baño de un momento a otro, y quería estar de regreso para entonces.

«El pobre está exhausto», pensó. «No puedo esperar a estar fuera con él, a solas, y llenarle de besos».

Dan era muy intuitivo, y se había dado cuenta de que Reggie había dejado a un lado su cansancio, e incluso sus ganas de ir al baño, para pararse durante unos instantes a hablar con él, y darle mimos, confianza y amor. No era la primera vez que lo hacía, pero Dan se sentía fascinado de todas formas. Estaba deseando hacerle sentir a su compañero la deliciosa conexión que flotaba entre ambos, para que le diera fuerzas, igual que acababa de dárselas a él.

Ah, pero antes había que ocuparse de William, y luego de tirar la basura. Y Jordan tenía que llamar a las dos, para avisarles de que era el momento de volver a llamar a Troy. ¡Tenían poco tiempo!

«Por eso mismo», se dijo, decidido. «Cuanto antes esté de vuelta con Paul, mejor».

Dan calculaba que debían ser alrededor de las doce y media. Tenían el tiempo muy ajustado, pero aún había. Si se daban prisa y todo salía bien, él tendría más o menos una horita para volver a ver a Reggie sonreír, para besar sus labios —o comerle la boca, usando la expresión del rockero—, y para darle fuerzas.

Al recordar esta última frase de Reggie, Dan sintió que volvía a recorrerle un escalofrío de anticipación. ¿Cómo lo haría ese hombre, en apariencia tan delicado, para sorprenderle de vez en cuando con cosas de chico duro como esta? No tenía ni idea. Pero sí sabía que le fascinaba y que le atraía cada vez más.

Con este pensamiento, llegó al salón, a la carrera. Se detuvo, un poco sin aliento, y se quedó mirando a sus dos amigos.

Estos estaban sentados en las sillas, pero parecían haber cambiado sus puestos, porque Little B estaba más cerca de la cocina, y Paul del teléfono. Los dos levantaron las cabezas al oírle entrar, Paul con curiosidad, y Little B tieso como una estatua, y con grandes ojos de espanto. Cada uno de ellos tenía un abanico de cartas abierto en sus manos, y también había algunas sobre la mesa.

Dan tomó aire profundamente. No había corrido tanto, pero su costado había empezado a darle punzadas, y entre eso y la ansiedad, le costaba respirar. Abrió la boca para hablar. Pero no tuvo tiempo de decir nada, porque Little B ya estaba preguntando, con la voz un poco aguda por el miedo:

—¿Ha pasado algo, hermano?

(Continúa en el libro 33)